

Donde El Agua Descansa

Daniel Orrego Molano.

MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación

Donde el agua descansa

© Daniel Orrego Molano

Fondo Editorial Museo Casa de la
Memoria
Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín

Alcalde de Medellín:
Federico Gutiérrez Zuluaga

Dirección:
Luis Eduardo Vieco Maya

Coordinación editorial:
Juan Fernando Jaramillo Montoya

Edición de textos:
Daniela Perrone Martínez

Fotografías:
Daniel Orrego Molano

Diseño y diagramación:
Daniel Cano Jaramillo

Profesional en planeación:
Carlos Ignacio Bernal Yong

Primera edición: mayo, 2026
ISBN: 978-628-97636-5-2

© de la presente edición:
Museo Casa de la Memoria

Calle 51 # 36-66, parque
Bicentenario
Medellín, Colombia
Teléfono: (604) 520 20 20
www.museocasadelamemoria.gov.co

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido sin autorización escrita del Museo Casa de la Memoria. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de las características de una publicación que puedan crear confusión. El Distrito de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, las cuales cuentan con la debida protección legal.

Toda publicación con sello Alcaldía de Medellín es de distribución gratuita.

Los relatos, testimonios, reflexiones y datos que conforman este libro pertenecen a la voz del autor. Cada aporte expresa su experiencia y mirada personal, y no debe entenderse necesariamente como una declaración oficial del Museo Casa de la Memoria. Esta obra busca dar lugar a la pluralidad de perspectivas que enriquecen la construcción de memoria.

Donde el agua descansa

Daniel Orrego Molano

DONDE EL AGUA DESCANSA

Daniel Orrego Molano

3

Donde el agua descansa

*A Graciela, por entenderme tanto como al Río.
A Aura María, por querer llevarme al Río.*

I

Ya casi vamos a llegar, abuelita. Solo son tres horas de viaje y ya llevamos dos. Deberías dejar de mirar hacia el cielo y acompañarme a ver las montañas que nos saludan a lado y lado de la carretera. Yo sé que el azul es lindo, pero hay tantos tonos de verde que no se sabe dónde termina uno y empieza el otro. Ay, abuelita, verdad que no te gusta el verde. Ahora entiendo por qué prefieres seguir mirando hacia arriba y no conmigo hacia los lados. Ya se empieza a sentir el calor, ¿cierto? Menos mal tenemos aire acondicionado.

¿Por qué no me dices nada, abuelita?

Cuando era niño y hacía este mismo recorrido con mi mamá, nos tocaba en bus, y la única manera de estar frescos era abriendo la ventana, aunque el aire que entraba, la mayoría de las veces, era caliente. Recuerdo que solíamos hacer el mismo viaje tres veces al año para ir a visitar a los abuelos y, aunque todos los pasajeros medían el tiempo en horas para llegar al destino, yo lo hacía en pueblos; sí, sabía que cuando ya habíamos pasado tres caseríos, tres parques y tres iglesias, el que seguía, indudablemente, era el nuestro.

Siempre llegábamos bajo el sol del mediodía, justo para el almuerzo. Excepto la noche en que murió el abuelo: aquella vez supe lo que era llegar al pueblo en la penumbra y en medio de un aguacero.

Ya casi vamos a llegar. Hace rato pasamos el aviso que dice que faltan ocho kilómetros, abuelita. Nunca me imaginé que después de tantos años fuera a volver a hacer este viaje, pero esta vez solo contigo. Dime algo, abuelita: ¿compartes esta alegría conmigo?

Con este solazo no queda más que concentrarse en la carretera. Es evidente cómo el asfalto se vuelve líquido y de un momento a otro, si la mirada permanece fija por varios segundos, se puede ver cómo el suelo serpea bajo el sol implacable del mediodía. La línea amarilla que separa los dos carriles ya no es simétrica, y los árboles no son suficientes para

aliviar el calor que se debe estar sintiendo afuera.

Por fortuna, el pueblo asoma allá al fondo. Me doy cuenta de esto porque el reflejo del sol sobre un camión que viene en dirección contraria encandila mis ojos y me saca de la hipnosis en que me envolvía el pavimento.

Desde que tengo memoria han existido los mismos baches a la entrada y a la salida de este lugar. ¿Por qué nunca he visto esos huecos tapados? ¿No se dejan cubrir? ¿Se aferrarán a las calles como lo estoy yo aquí a este asiento al lado de mi abuela?

Hay más motos que carros. No se distinguen las calles de las aceras. La gente se ve caminando por cualquier lado. Todos huyen del sol con sus ponchos en la cabeza. La sombra escasea. El día se deslíe como una vela. Los semáforos están oxidados. Algunas de sus luces no funcionan. Dudo mucho que un motociclista aguante los sesenta segundos que demora la luz verde en aparecer. Seguro ellos no comprenden lo eterno que se hace el tiempo cuando estamos en una situación que incomoda. Es contradictorio que en este caos los árboles se encuentren quietos.

Por fin logro poner en marcha el carro y vemos la iglesia a menos de una cuadra, pero no vamos a entrar. Hace demasiado calor: mejor nos vamos. Por fortuna, la abuela vive en una vereda no muy lejos. Allá todo debe estar más tranquilo y fresco. Para llegar, primero se tiene que cruzar un puente grande que atraviesa el Río que es aún más grande, tomar un desvío y avanzar por una carreterita destapada de no más de un kilómetro. Me sé el camino de memoria desde que tengo uso de razón.

Llegamos a la entrada de la vereda. Tomamos el desvío a mano izquierda. Una, dos, tres curvas, el billar de doña ..., la escuelita, las guadas donde se solían encontrar serpientes, una capilla, una cancha de microfútbol, otra curva a la izquierda, un Río, un Río muy grande. Se mueve en la misma dirección que nosotros. La cancha de tejo y, por fin, frente al Río, la cuadra donde al final se asoma la casa de mi abuela.

Ella sigue concentrada en mirar hacia el cielo. No me dice nada, y yo no dejo de esquivar los huecos que se atraviesan en el camino; no recordaba que conducir por aquí fuera tan complejo.

Mira, abuelita, por fin, nuestra calle, tu calle. Allá al fondo está

la casa. ¿Todavía conservará el palo de totumo, los dos de mango y el de guanábana? Ojalá estemos en cosecha para hacernos un juguito y quitarnos este calor. Me imagino que el guayacán no ha florecido, berraco este; y según veo, el Río no se ha vuelto a crecer. Los palos de guayaba demás que se secaron, pero eso vuelve a retoñar, abuelita. ¿Todavía se verán iguanas por aquí? Me acuerdo de que de niño les tenía tanto miedo, y tú me gozabas diciendo que no hacían nada, que solo había que cuidarse de la cola que juetea muy duro. Hay que poner mucho cuidado cuando entremos a la casa porque uno nunca sabe que haya una culebra y yo no soy capaz de matar a un animal de esos. Vea pues: las guacamayas deben estar bien contentas comiendo almendras en ese palo. Ay, abuelita, qué buena decisión la tuya de querer regresar después de tanto tiempo.

Esquivo más huecos. Una que otra piedra se asoma del piso amenazando con pinchar alguno de los neumáticos. El camino está bastante sinuoso. Saludo con la bocina a algunos de los vecinos que salen a mirar de quién es el vehículo que está levantando el polvo que, al parecer, la lluvia no ha querido sosegar por estos días de verano. Hace algunos años, ver una camioneta con vidrios negros recorrer estas calles era señal de que algo no estaba bien y había que encerrarse dentro de la casa. La gente no se entra, pero no dejan de mirar con sospecha al intruso que recorre su vereda.

En la radio, justo en este momento, suena una de las canciones favoritas de mi abuela y quiero subir el volumen para que ella la disfrute antes de bajarnos:

*Las locas ilusiones me sacaron de mi pueblo
Abandoné mi casa para ver la capital
Como recuerdo el día feliz de mi partida
Sin reparar en nada de mi tierra me alejé
Y mientras que mi madre muy triste y sollozando
Decía hijo mío llévate mi bendición*

Justo cuando vamos a llegar, un gato sale de una casa y tengo que frenar bruscamente. Escucho un golpe al interior del carro. Por unos segundos pienso en lo peor. Siento el terror subir por mis piernas. Miro

hacia mi derecha y veo que el cuadro con el retrato de mi abuela se va hacia adelante y queda suspendido justo entre la silla y la guantera, mirando hacia abajo. El alma me vuelve al cuerpo. Por fortuna, el cofre con sus cenizas todavía está en la silla y fuera de peligro. No se regó nada. Como puedo, me repongo y acomodo el cuadro en su sitio, vuelvo a arrancar para completar los veinte metros que me separan del destino. Me detengo. Bajo el volumen de la música. Desciendo del carro; mi abuela, no. Me quedo de pie al frente de la casa mirando cómo el tiempo ha pasado sobre ella.

Lo primero que viene a mí es un olor que penetra en la nariz, es como si quemara por dentro. Huele a calor, a bochorno. El olor de la tierra caliente. Hay un fognazo que acaricia mi rostro y una llama que me incendia por dentro. Dos gotas de sudor me bajan por la sien y un bigote húmedo y medio salado hace que me den ganas de volver a entrar al carro. Si no entro a la casa, me sigo derritiendo.

Me cuesta un poco tomar la iniciativa de abrir y entrar. Sé que tengo la llave en el bolsillo izquierdo del pantalón, pero por cómo se ven las cosas esta no será necesaria. El tiempo aquí ha hecho lo suyo.

De niño esta casa me parecía un lugar misterioso, no solo porque tuviera siete entradas o doce puertas, sino porque al estar ubicada rodeando una esquina, yo no sabía cuál era la parte delantera y trasera de la casa. Mi abuela me decía que todo dependía de la calle por la que se llega o la puerta por la que se entre. Cada quien era libre de resolver. Ojalá la decisión que tengo que tomar fuera así de sencilla.

Abro con mucho cuidado, la puerta está que se cae. Lo primero que me encuentro es un pequeño pasillo con un montón de hojas secas que, seguramente, varias borrascas se encargaron de meter por el espacio que el comején había dejado en la madera. Me detengo porque sospecho que bajo esta hojarasca hay una serpiente y lo último que quiero es ser mordido. Me devuelvo a buscar un palo y así caminar con más seguridad. Muevo las hojas, veo que algo se arrastra. No es más que una cuerda que está amarrada a la chapa de la puerta, me imagino que para abrirla en la distancia o qué sé yo, a mi abuela siempre se le ocurrían cosas raras. Después de revisar muy bien el suelo, me tranquilizo porque, al parecer, lo único vivo que hay en la casa en este momento soy yo. No recordaba

que había una puerta después de la puerta, como si la casa tuviera varios niveles y, quien pretendiera ingresar, tuviera que ir desbloqueándolos uno a uno. Menos mal esta última abre sin llave, solo es darle un pequeño impulso y listo.

Empujo sin hacer mucha fuerza y ante mí se presenta lo que alguna vez fue el lugar en el que diecisiete primos corrían para evitar que la abuela les pegara con un zurriago; mismo sitio donde también se arreglaba pescado todas las mañanas cuando había subienda. Aquí se mataron serpientes; se hicieron sancochos, tamales y hasta se vendieron helados; hubo gallinas, gallos y loros de los que pedían cacao; perros, gatos, chivos, incluso llegó a haber un mico al que emborrachaban con cerveza. ¿Y ahora qué hay? El olor a humedad se entrelaza con los recuerdos de lo que alguna vez fue este sitio. Con cada paso que doy, una mezcla de polvo y nostalgia da a entender que ahora no hay cómo volver atrás para levantar esta casa. Las paredes, en las que se descascara hasta el último vestigio de pintura, parece que intentaran sanar las heridas del olvido al que fueron sometidas durante tanto tiempo. Al ver los muros así, siento unas inmensas ganas de quitar lo que queda de la pintura, como cuando un niño no soporta la costra de su raspón y se la arranca sin pensarlo dos veces, creyendo que al quitarla su piel volverá a lucir igual que antes. Ojalá al retirar lo que queda de las paredes, estas volvieran a lucir el color de siempre.

Recuerdo que mi abuela sigue afuera y decido ir por ella. Atravieso el pasillo, cruzo la entrada que ahora es salida. Llego al carro, abro la puerta. Como puedo, la tomo a ella en una mano mientras que en la otra sostengo su retrato. Vuelvo a entrar, esta vez no hay sospecha de serpiente alguna. Me dirijo directo al fondo de la casa. A lo lejos escucho una explosión, pero parece ser de la cancha de tejo que hay cerca. En otra época mi mamá ya estaría preguntándose quién habría sido la víctima esta vez.

Sobre el mesón de lo que alguna vez fue la cocina pongo el retrato de la abuela, ella me mira fijamente como esperando a que le diga algo. El cofre con las cenizas me ayuda a sostener el cuadro para que no se resbale. En ese momento descubro un tronco de madera que alguna vez se utilizó como silla del comedor. Lo arrastro cerca del mesón, me siento y, sin quitarle la mirada de encima al retrato, lamento no tener una vela

para encenderle, como tantas veces lo hizo ella para darme tranquilidad cuando se iba la luz en la casa y pensaba que el Río iba a aprovechar la oscuridad para inundarlo todo.

Ay, abuelita, nunca pensé que diría esto, pero menos mal no estás aquí; no tienes que ver esta realidad tan ajena a lo que alguna vez fue este sitio. No hubieras soportado estos patios llenos de hojas secas, las frutas perdiéndose en el suelo, el frente de tu casa cada vez más lleno de maleza impidiendo contemplar el río. La pintura de lo que fue tu hogar se está cayendo a pedazos adentro y afuera, las puertas están invadidas de comején. El óxido ha devorado las ventanas. Aquí ya no huele a pescado frito ni crudo, nadie se pelea por estar debajo o al frente del ventilador, ya no se recoge el agua de la lluvia para echarla a las matas, ya no se escuchan los mangos caer sobre el techo. Las grietas que se asoman en los muros dan cuenta de la piedad que el tiempo no ha tenido con este lugar. ¿Las casas envejecen igual que las personas? No lo sé, pero sí estoy seguro de algo y es que tú no te veías así, ni siquiera antes de morir, abuelita.

II

¡Una culebra! ¡Una culebra! ¡Oigan, una culebra! ¡Y es de las bravas! ¡Cuidado! No se acerquen.

—Mijo, corra. Vaya donde doña... y mire si su tío está ahí, hay que matar este animal —me dijo la abuela bastante alterada.

Fue en ese momento en el que salí corriendo, sin zapatos, bajo el sol de las tres de la tarde y quemándome la planta de los pies con la tierra de la calle que estaba hirviendo. Cuando llegué a la esquina, unos señores con malacara me preguntaron cuál era el afán, que de qué estaba huyendo o qué me había robado. Uno me reconoció, le dijo al otro que se tranquilizara, que yo era nieto de doña ... y que entendiera que el suelo con esa temperatura solo daba para correr.

Efectivamente, mi tío estaba jugando cartas y no se le veía la más mínima intención de dejar la partida; solo cuando escuchó que en la casa había una culebra de las bravas y no había quién la matara, se paró de un salto y sin pensarlo corrió conmigo mientras me preguntaba cómo era el animal. Yo le dije que del susto ni la había visto, pero los tenía a todos paralizados. Definitivamente, había que llegar rápido: yo para ponerme los zapatos, él para enfrentarse a la bestia.

Llegamos a la casa, el tío cogió un machete y preguntó dónde estaba.

—Por los lados del patio —dijo la abuela.

Cuando él la vio, su mano apretó más fuerte el mango de la herramienta, eso indicaba que de verdad la culebra era de las bravas.

—¡Cuidado que esa salta! ¡Ojo que es de las que escupe veneno! ¡Si lo muerde, tiene que tomar agua antes que ella!

Era gris con negro. Tenía la cabeza en forma de diamante y del límite de sus ojos se desprendían dos pequeñas rayas negras, como anunciando que estaba lista para la guerra. Sus pupilas eran como las de un gato, lo cual intimidaba un poco más. Sobre su lomo se dibujaban unas equis que, indudablemente, eran más que una señal para no acercarse. Su cola, que parecía seca, se movía inquietamente intentando hacer sonar un cascabel que no tenía.

—Es una Mapaná —dijo la abuela.

El tío solo pedía silencio. Como pudo, se hizo detrás de su largo y escamoso cuerpo. Analizó el serpenteo del animal, tomó el machete con la mano derecha, en un ángulo perfecto, y lo enterró en su cabeza. En menos de nada acabó con su vida.

Para mí fue una sorpresa ver cómo, después de muerta, ella seguía retorciéndose en el piso, aferrándose a la vida, negándose a su destino, como cuando el tío me invitaba a tomar gaseosa y yo prolongaba el último sorbo, pensando que nunca más volvería a probar semejante delicia. No puedo negar que sentí algo de tristeza por la culebra, ¿qué culpa tenía de entrar a la casa de la abuela? ¿La muerte era un castigo justo para ella?

Sentado en este banco contemplo lo que queda de la casa: por aquí ya no se arrastran las culebras. Ya no existe aquel machete. ¿Y doña ...?, ¿qué hay de doña ...? Nada: ya no hay vida, ya no hay cuerpo, ya no hay abuela.

A veces me pregunto cómo habrá sido la infancia de ella. Nunca se lo pregunté; creo que para mí siempre fue suficiente con saber de ella desde su vejez, pues fue desde ahí donde estuve presente en su vida.

Aunque no viviéramos juntos, las vacaciones en la casa de ella lo eran todo. Se levantaba a las cinco de la mañana, ponía a hervir agua para hacer tinto y aguapanela, luego buscaba qué ponerse a hacer. Para ella, normalmente, había algo por resolver. Todos los días era lo mismo, yo a veces pensaba que su energía era infinita.

A la abuela la conocí de muchas formas: barriendo patios, montando a caballo, recogiendo y quemando hojas secas, cazando sapos, matando zancudos, dando de comer a los pajaritos, arreglando pescado, sembrando yuca, desgranando maíz, viajando en canoa y hasta persiguiendo niños con un rejo. Sobre esto último, hay que decir que a ella le molestaba «el bullicio», tenía un cartel pegado en la entrada de la casa que decía «Provida la recocha de pelaos aquí». Nunca me llegó a pegar, a pesar de que en varias ocasiones me tuvo cerquita mientras me perseguía. Creo que ella lo hacía también para divertirse.

Mientras la abuela hacía y deshacía durante todo el día, el Río siempre estuvo ahí acechándola. Quizás esperando a que le lanzara más vísceras del pescado que arreglaba en las mañanas o invitándola a que se metiera

en Él y así calmar un poco su energía.

Algo que siempre me llamó la atención fue su relación con el Río. Lo que de niño para mí era una amenaza, para ella era su sosiego, su bien ajeno máspreciado. Era extraña la forma como la abuela se sentaba todas las tardes frente al agua a sacar conclusiones: «Hubo creciente más arriba», «no demora en llegar la subienda», «hoy llueve, hay que acomodar las canecas para recibir el agua». Yo simplemente la miraba a ella y pensaba: ¿qué sería de la casa si en este momento a este Río le diera por desviar su cauce y entrar sin permiso? Más de una vez sucedió y ahí sí no hubo tío ni machete que espantara la amenaza.

La abuela nunca me dejó bañar en Él, decía que su corriente era traicionera, que mejor me quedara con ella mirándolo, que el verdadero sentido de sus aguas estaba en la contemplación, en saber leerlo y entenderlo, pero nunca lo comprendí, creo que era demasiado niño para hacerlo y ella un poco vieja para explicármelo. ¿Cómo era posible que el Río que ella acompañaba todas las tardes fuera a llevarse a su nieto en un acto de traición?

Lo único que yo sabía de este Río era lo que me enseñaban en el colegio: era el más importante del país, atravesaba once departamentos, alguna vez fue navegado por grandes embarcaciones, nacía en el sur y desembocaba en el norte. Claramente, la abuela no sabía nada de esto y le molestaba que yo le hablara de esa forma sobre Él. De lo único que me permitía medio contarle era de esa leyenda que me había leído una profesora, esa que cuenta cómo los pescadores tienen que andar con tabaco y aguardiente por si en las noches se aparece un ser de barbas largas a un lado de la canoa.

Con la muerte del abuelo empezamos a ir cada vez menos a su casa; sin embargo, esto no fue impedimento para seguir asombrándome con las ocurrencias de la abuela. Cuando no estaba bajando limones de un árbol, andaba despepando una guanábana para hacer jugo; era divertido ver sus ojos a medio abrir mientras descamaba un pescado para el almuerzo; su cálculo para sacudir los palos de guayaba era milimétrico: hacía caer los frutos sin llegar a partir alguna de sus ramas. Todas las personas que llegaban de visita siempre hacían hincapié en lo inquieta que era doña ...

Un día, las cosas comenzaron a cambiar. Mientras andaba de visita

donde ella, sucedió algo que, más que sorpresa, causó preocupación: era pleno viernes y a las siete de la mañana en la casa todavía no olía a aguapanela, y mucho menos a café recién hecho. Mi mamá me despertó para decirme que algo no estaba bien con ella. Salí de la habitación y ambos vimos cómo la abuela se sentaba en la mecedora y nos pedía que nos organizáramos para acompañarla a la misa de resurrección. Ella nunca se la perdía. Lo raro no era que no se hubiera levantado a las cinco como de costumbre o que no hubiera montado aguapanela y tinto, lo realmente extraño era que estábamos en junio.

Después de aquella mañana, las cosas comenzaron a cambiar. Los médicos dieron un posible diagnóstico y con ello la abuela nos empezó a perseguir cada vez menos con el rejo, no solo porque sus nietos ya estuviéramos un poco más grandes, en ella se notaba la apatía. A veces bromeábamos con la idea de que por fin la recocha de pelaos ya estaba permitida en esta casa. Ya no hacía sus travesías a la platanera como antes. Las frutas empezaron a caer por sí solas de los árboles más bajos, y las hojas de los más altos se soltaban de las ramas con tranquilidad, porque ya no había en ellas el temor de ser incineradas por estar invadiendo alguno de los patios.

A pesar de su nueva rutina y su poca actividad en el día, lo que verdaderamente inquietaba de la abuela era que con el paso de los años su conciencia cada vez era menos presente en ella: olvidaba con facilidad en qué día estábamos, los nombres de sus seis hijos se le trocaban y ni qué decir del de sus nietos. Por fortuna ella solo tenía un nombre y ese nunca se le olvidó.

Para sorpresa de todos, a pesar de su enfermedad ella no dejaba de tener sus tardes frente al Río. Como de costumbre, todos los días se sentaba un buen rato a mirar el ir de su cauce, como si ella en algún momento hubiera comenzado a entender su enfermedad a partir del Río, que siempre permanecía ahí frente a ella, pero constantemente se estaba yendo como su memoria.

Una tarde me senté a su lado y le pregunté que, si le gustaba tanto, por qué no se metía nunca en Él y su respuesta no fue muy clara para mí: me dijo que la única forma de ver el fluir de un Río era estando afuera, pues adentro ya eres parte de su ser y solo percibes el movimiento de lo

que está alrededor, de lo que no es tocado por el agua; además, me dijo que ella todavía estaba muy joven como para sumergirse y ser una con la corriente. Creo que por eso nunca se metió al Río en los paseos familiares, ni siquiera las veces en que este se creció y llegó hasta su casa: mientras el agua se devolvía, ella prefería andar con botas altas antes que tocar el agua del Río con sus pies.

Sentado frente a la abuela, no tengo certeza del tiempo que vaya a estar aquí en el pueblo con ella; me siento como esos remolcadores que de niño veía asomar a lo lejos y que al estar contracorriente no avanzaban más que unos metros antes de que se acabara el día. Intentaré no aferrarme a la idea de irme pronto, me dejaré llevar del tiempo. No es tan difícil ir a favor de la corriente.

Son las cuatro de la tarde. Parece que el calor está menguando, los árboles comienzan a moverse a merced del viento. A lo lejos asoma una nube de esas negras. Si la abuela respondiera a mis preguntas seguro me diría si hay esperanzas de lluvia.

Desde hace un rato hay algo que no deja de dar vueltas en mi cabeza. Es el recuerdo del día en que ella tuvo que irse. Abandonar su pueblo. Sus ojos, que ya no entendían mucho, le daban una larga y última mirada al Río, como pidiéndole que no se olvidara de ella. Es la misma mirada que ahora le doy al retrato, a su rostro, anhelando que, donde sea que esté, ella todavía se acuerde de mí.

Vamos abuelita, ya va siendo hora. Sentémonos otra vez en la orilla a contemplar el Río.

III

«¡Acomoden las canecas que va a llover! ¡No se puede perder mucha agua! ¡Hay que aprovechar el aguacero! ¡Les dije que había que lavar la alberca, ahora el agua va a estar llena de hojas!»

La lluvia en la casa de la abuela era la oportunidad perfecta para recoger agua. Ella había dispuesto unas canecas enormes debajo de un sistema sofisticado de canales de zinc hechos por el abuelo, con el fin de direccionar los chorros de agua de manera precisa hacia cada una de las cuatro canecas que, al estar llenas, no tenían otra opción que rebosarse y encharcar gran parte de la casa.

Nunca hubo lloviznas. El clima se presentaba en extremos: o el agua caía a cántaros o el sol era implacable; por eso, ante cualquier sospecha de tormenta, las canecas debían estar listas para recibir lo que el cielo quisiera mandar.

La única persona que sabía cuándo iba a llover era la abuela, incluso cuando el clima era desértico. «Esta brisa está rara». «El agua está puesta para caer». «Es cuestión de horas para el diluvio». Desde temprano anunciaba el aguacero y no había más opción que prepararse para su llegada.

De niño me gustaba la lluvia, sentía que era nuestra guardiana ante el calor implacable de este pueblo, como cuando alguien tiene fiebre y la única forma de controlarla es poniendo pañitos de agua fría en su frente. Eso es la lluvia aquí: un manto gigante de frescura que apacigua de vez en cuando el ardor de un pueblo que padece a diario las inclemencias del sol.

Mi relación con el río fue muy distinta a la que la abuela tuvo con Él. Quizás porque soy hijo de la ciudad. Me quedé únicamente con lo que me enseñaron en la escuela. Para mí era suficiente con saber que al frente de la casa en la que pasaba mis vacaciones había un Río muy grande al que no me podía meter.

De vez en cuando le lanzaba piedras intentando hacer sapitos, que es cuando la piedra hace varios saltos en la superficie antes de sumergirse. Con mis primos hacíamos competencias para ver quién lograba hacerlas saltar más veces, para eso se tenían que buscar las piedras más planchas

que, por fortuna, abundaban en los alrededores de la casa. Había que tener especial cuidado de no pegarle a alguna persona, sobre todo a algún pescador. Normalmente estaban sentados por ahí en la orilla.

Regresar de vacaciones, a la ciudad, era perder la noción del Río por completo. Lo único que me hacía hablar de Él era cuando, de manera inocente al volver al colegio, todos nos preguntábamos dónde habíamos pasado los días de descanso. Debo confesar que mientras escuchaba que la mayoría estuvo en el mar, para mí era algo vergonzoso decir que yo había estado cerca de un Río al que ni meterme podía. *Perdóneme, abuelita, por eso.* Algunos se reían y la única forma de defenderme era decir que por lo menos la corriente del Río iba en una sola dirección, no como la del mar que uno no sabe si va o viene. Yo no conocía el mar.

Lo de tenerle miedo al Río no era solo por la gran posibilidad de ahogarme, la gente del pueblo hablaba de animales que lo habitaban y a mí me daba pánico. Rayas, caimanes, babillas, iguanas, serpientes y hasta un hipopótamo que nadó desde un pueblo cercano; pero eso no era lo peor, alguna vez el tío llegó a la casa contando que estaban encontrando cuerpos en avanzado estado de descomposición enredados en los chinchorros de los pescadores o flotando al ritmo de la corriente, y que el rumor era que no se estaban ahogando, los estaban lanzando sin vida a lo más profundo del Río para que nadie los encontrara.

Sentado, como solía hacerlo con la abuela cuando era niño, siento que la brisa es cada vez más intensa y el aguacero ya es una realidad a unos pocos kilómetros de distancia. Empiezo a ver cómo el viento se hace notar en la superficie del Río y comprendo que la única forma de ver una corriente de aire es cuando se mezcla con otra cosa: el polvo, el fuego, el agua.

Ya estoy convencido de que hoy no será el día de regresar a mi casa. A la ciudad. Tengo algo muy importante que hacer y la lluvia que se asoma a lo lejos obliga a quedarme en un mismo sitio, por eso aprovecho que estoy frente al Río y anhelando que la sabiduría de la abuela me invada, aunque sea por un rato, comienzo a cuestionar algunas cosas.

Abuelita, yo sé que ver la casa en la condición en la que está hubiera sido para ti algo devastador, pero si pudieras tan solo mirar el Río,

así, crespo, como luce en este momento, la casa sería la menor de tus preocupaciones. Ahora que tengo la oportunidad de detallar estas aguas que siempre han estado en movimiento, me surgen varias preguntas que, en tu infinita sabiduría, sé que hallarías para cada una la respuesta.

Aquí mirando el Río, no sé si la superficie es su espalda o su frente. ¿Qué crees, abuelita? Será que lleva a costas a sus viajeros o permite posar en su pecho a todo el que pretenda navegarlo. Qué será lo mejor para Él, abuelita: ¿estar siempre boca abajo y perderse de todo lo lindo que lo rodea o permanecer de espaldas a sí mismo, sin desperdiciar un detalle de lo que está afuera? No sé, abuelita, pero, al igual que una persona, no me imagino la vida de un Río sin ser capaz de mirar para adentro de vez en cuando.

Definitivamente hoy no será el día ni este el lugar, debo buscar un sitio para pasar la noche, tener tiempo suficiente y pensar en la mejor decisión. Qué curioso es que cuando llegamos al pueblo el caos provenía del sol y ahora que el cielo está oscuro será la lluvia la responsable del desorden, que a partir de un rato seguro se formará.

Las gotas comienzan a caer. Rápidamente debo pensar en un refugio para mí y la abuela. Se me olvidó traer una sombrilla, igual quién la necesita en un pueblo de estos donde el sol es el que manda. Es asombroso ver las gotas de lluvia golpear en la superficie del Río. ¿Caen sobre su espalda o sobre su pecho? Como si esto fuera una pregunta lógica. Ya se comienza a encharcar la calle. El ruido de las tejas es ensordecedor. Un rayo me recuerda que estar debajo de un árbol en una tormenta no es una gran idea. Es una tentación entrar al carro, pero el aguacero me impulsa hacia adentro de la casa. Como puedo, vuelvo y abro la puerta. Me siento en la misma banca que me sostuvo hace un rato y pongo las cenizas sobre el mesón donde está el retrato. Mirando el vestigio de la abuela, pienso en lo desesperada que estaría ella pidiendo acomodar las canecas para recibir el agua de la lluvia. Solo me queda esperar a que escampe para ir a buscar un hotel. La abuela decía que entre más fuerte la lluvia más rápido se iba.

Qué pesar, abuelita. Se está perdiendo toda esta agua. Cómo te hubiera gustado ver esas canecas llenas, sin caberles una gota más.

Ahora que lo pienso bien, se me ocurre algo: ¿será que estas canecas todo el tiempo supieron cuál iba a ser tu destino mientras recogían el agua de la lluvia? Quizás tu memoria también se llenó, se rebosó de recuerdos, no tuvo más opción que comenzar a derramarlos y fue de esa manera que empezaste a olvidar.

IV

Llegar de noche fue una novedad para mí. No pude contar ningún caserío, ni parque, ni iglesia. Por la ventana del bus tampoco entró aire caliente. No había emoción de llegar al lugar donde pasaba mis vacaciones. Hace unas horas habíamos recibido la llamada que anunciaba la muerte del abuelo y tuvimos que hacer un viaje inesperado. No hubo paisaje que ver desde el bus. A pesar de tener los ojos abiertos no se podía distinguir nada: adentro todo estaba oscuro, afuera no se veía ni la raya blanca que marcaba el límite de la carretera.

Bajar del bus fue encontrarse con una tormenta que tenía al pueblo sin energía. El conductor nos guio como pudo con una linterna hasta un taxi. Pensar que llegaría a la casa de mis abuelos en medio de la oscuridad me producía mucho miedo: sabía que el Río iba a estar muy cerca y no poder verlo era motivo suficiente para asustarme. Alguien me dijo una vez que la amenaza debe estar a la vista, por si en algún momento hay que enfrentarse a ella, pero con nueve años, ¿cómo iba a enfrentarme a un Río en la noche y en medio de un aguacero?

Llegamos, saludamos y nos acomodamos. No hubo cómo dormir, en la casa había muchas personas: familiares, amigos, conocidos. El ataúd estaba rodeado de velas encendidas. Se veía aterrador, pero no me daba miedo. Era mi abuelo.

La lluvia no cesaba. Mis tías decían que el aguacero era porque las ánimas benditas se estaban manifestando por su muerte. Él había sido muy devoto a ellas: les tenía un altar, todos los lunes iba a misa, ponía vasos de agua en diferentes partes de la casa. Decía que ellas lo ayudaban, le hacían favores y por eso se sentía en deuda.

Esa noche se hizo bastante corta. Recuerdo que, para cuando llegamos, ya nadie estaba llorando y hasta algunas personas reían y hacían chistes sobre el aguacero, los truenos y las goteras que caían de algunas partes del techo. Las canecas estaba todas rebosadas de agua y era peligroso caminar por algunas partes de la casa porque el suelo estaba muy liso. Era raro que mis primos y yo estuviéramos quietos y no

por ahí corriendo como de costumbre: se había muerto el abuelo. Toda la vereda tuvo que ver con su muerte, no solo porque era inesperada, sino porque él fue uno de los que ayudó a fundar ese pequeño caserío que luego se convertiría en vereda.

Alguna vez le escuché decir a alguien que los momentos más difíciles de la muerte de una persona cercana son: recibir la noticia, ver por primera vez su cadáver y, finalmente, presenciar cómo ponen el ataúd en un hueco y poco a poco lo van tapando con tierra. Con mi abuela fue muy distinto todo, aunque quizás haya dolido más que la muerte del abuelo.

Cuando amaneció, pude ver que el Río estaba lejos, no se había desbordado y en ningún momento amenazó con entrar a la casa. La lluvia ya no era tan intensa, una llovizna caía sobre el techo y este sonido acompañaba el canto de los gallos. Ya casi era la hora de llevar al abuelo al cementerio. Había que empezar a organizarse.

Y la lluvia no cesó pronto. Esta vez te equivocaste, abuelita.

Tendré que pasar la noche aquí y no tengo ni la menor idea de cuál sea el lugar más indicado. Dormir en el carro es una opción. La casa no tiene energía y de las habitaciones solo quedan las puertas y el esqueleto de lo que alguna vez fueron camas. Al menos ya no está haciendo calor como al mediodía y puedo sentarme en este tronco a pensar en la mejor decisión: ¿en el carro o en la casa?

Mientras llueve, pienso en el Río, pero ya no siento miedo al saberme en una tormenta, en total penumbra y sin poderlo ver. Un sentimiento de culpa me asalta y me obliga a pasar la noche en lo que fue la casa de la abuela.

De todas las habitaciones, escojo la de ella; es pequeña y tiene una ventana que se puede abrir. Sospecho que, cuando escampe, el calor volverá y de alguna manera me debo refrescar. Cuando era pequeño y estaba en mi casa, sabía que el día significaba calor y la noche frío, pero donde la abuela todo era atípico, aquí siempre hacía calor sin importar la hora; lo único que menguaba el clima era la lluvia y esta, en algún momento de la noche, se tenía que terminar.

Después de varias horas de lluvia y sin la esperanza de que escampara pronto, aseguro la puerta principal de la casa y me voy para la habitación. No hay mucho qué hacer con la cama; solo hay tablas y sobre ellas unas láminas de cartón viejo. Los organizo como si fueran una colchoneta y, antes de acostarme, solo pienso en lo difícil que será la noche.

Al primer contacto con la cama, me doy cuenta de que dormir en el suelo es una mejor opción. Los cartones no son suficientes y siento cómo las tablas se van marcando en mi espalda; sin embargo, pienso en las probabilidades de encontrar un animal en el piso y decido seguir aquí.

Después de un rato, siento que algo me falta; creo saber qué es. A pesar de la oscuridad, salgo del cuarto rumbo al mesón donde descansan las cenizas de mi abuela y las traigo para la habitación junto con el retrato. Los pongo al lado de la cama, en el suelo, y me vuelvo a acostar. No parece que fuera a escampar pronto. Intento alcanzar el sueño arrullándome con las gotas que retumban en el techo, pero no lo consigo.

Es un hecho, no puedo dormir. No es suficiente con cerrar los ojos, hacer ejercicios de respiración, tararear canciones o hacer conteos al derecho y al revés. No sé cuánto tiempo llevo así. Sé que no es el ruido de los truenos, ni el susto por algún animal que pueda entrar por la ventana o debajo de la puerta. Hay algo que no me permite conciliar el sueño y no tengo respuestas.

En el instante en que la lluvia comienza a amainar, pienso que tal vez la abuela está molesta por ponerla a dormir en el piso de su propia habitación. Estirando ambas manos, sujeto el cofre y lo acomodo al lado mío. Ya la lluvia cesó. El calor no demora en asomarse, hay que dormir o encontrar la forma de salvar este resto de noche.

Abuelita, no recordaba cómo era pasar la noche en este lugar y no puedo quedarme dormido. Te juro que no es el calor, tampoco es la cama o el susto porque en cualquier momento suene la campana del animero. ¿Te acuerdas cuando en plena noche se iba la energía y, al no haber ventiladores prendidos, se podían escuchar mejor los ruidos de afuera? Ya escampó. ¿Escuchas esa chicharra? Nunca supe cómo diferenciar su sonido del de los grillos. Ya comienzan a salir las lagartijas, abuelita. Oiga

eso como hacen ruido. Me acuerdo cuando el canto de los búhos, según tú, era de mal agüero, y ni qué decir de ese pájaro que parecía una estaca, escucharlo era creer que había una bruja cerca y, ante cualquier otro ruido sospechoso, la solución era gritar que mañana vinieran por sal. Al otro día nunca vino nadie con esa intención.

Cómo pasa el tiempo. Los sonidos son los mismos, pero ya nadie cree en esas cosas. Cuánta sabiduría se ha perdido con tu muerte.

Cuando de noche había muchos cucarrones volando en la casa, nos decías que venía el invierno y si una mariposa negra se pegaba de la pared de alguna de las piezas, era que alguien se iba a morir.

Creo que hoy no podré dormir, abuelita. Mejor cuéntame cuántas brujas lograste espantar con unas tijeras puestas en la pared, o si de verdad te ganaste alguna lotería con los números que encontrabas en las mariposas que no anunciaban muerte. Cuéntame algo, abuelita, a ver si por fin logro quedarme dormido.

Los pájaros comienzan a cantar. Dos gallos y una guacharaca anuncian la llegada del día. Por más años que han pasado, son los mismos sonidos los que siguen avisando el amanecer en este lugar. Creo que pude dormir más de lo que pensaba. Son las ocho de la mañana y mi abuela continúa aquí al lado mío. Por fortuna no se cayó de la cama; hubiera sido una tragedia. Me debo organizar rápido. Le quiero dar una sorpresa. Ya nos están esperando y no podemos llegar tarde.

Rápido, abuelita. Súbase al carro que vamos a ir a un lugar que hace mucho no visitamos.

Salimos de la casa. Ella va al lado mío. Esta vez no le pido que mire el cielo. Su azul no se ve. Está nublado. Ahora los huecos están llenos de agua y no es posible saber qué tan profundos son. Salimos de la vereda y cruzamos el puente. Después de unos metros, tomamos la única vía que nos lleva directo a nuestro destino.

La entrada al cementerio no es más que una pequeña puerta por la que apenas cabe un cortejo fúnebre; pero esta vez solo venimos mi abuela y yo y no necesitamos que esté abierta de par en par para ingresar.

Entramos. La misa está a punto de iniciar. Debo encontrar el lugar indicado para sentarnos y estar cómodos. No me preocupo por eso. Desde ayer supe cuál sería ese sitio y justo lo acabo de encontrar.

Camine, abuelita. Hagámonos aquí en esta banca. Quiero que escuchemos la misa justo al frente del lugar donde está descansando el abuelo.

«Oremos», «levantemos el corazón», «démonos todos un saludo de paz», «el Señor esté con ustedes», «y la bendición de Dios Padre». La misa se termina. No me quiero mover de esta silla. Hace más de veinte años que mis abuelos no se encontraban y verlos aquí, uno frente al otro, en diferentes formas, me llena de nostalgia. Qué distintos se ven ellos después de su muerte: mi abuela en un cofre de madera de veintidós por quince. Mi abuelo, metido en un ataúd a dos metros bajo tierra. Ella, a merced de la candela terminó siendo cenizas; él, por su parte, fue puesto a disposición de los gusanos.

Al verlos ahí, ante mí, me pregunto de qué podrán estar hablando. Quiero dejarlos un rato a solas para que conversen con confianza sobre sus hijos, nietos, el matrimonio, la casa, los árboles, el Río. ¿Será que después de muertos habrán recuperado todos sus recuerdos?

Mientras ellos conversan, y sin perderlos de vista, hago un recorrido por las tumbas vecinas. Leo los epitafios, las fechas de nacimiento y muerte. Admiro algunas decoraciones y lamento el abandono de otras.

Sin querer me encuentro con un pabellón al que no se puede acceder. Está bloqueado por una cinta morada y unas letras que dicen «MISIÓN HUMANITARIA – NO PASE». La curiosidad me obliga a acercarme lo más que puedo. Son muchos nichos. En una que otra lápida se alcanza a percibir claramente la palabra «ESCOGIDO». Está escrita con pintura y a mano. No estoy entendiendo. A pesar de la cinta morada y de lo evidente que es la prohibición de acceder a ese lugar, noto que una señora ya lo hizo y está muy concentrada frente a una de esas tumbas: la mira fijamente, la acaricia, inclina su cabeza como haciendo un gesto de agradecimiento. Por unos segundos quiero entrar para preguntarle por este sitio, pero me intereso más por su ritual y aprovecho mis gafas oscuras para mirarla

fijamente sin ser descubierto.

Tiene un vestido largo con flores rosas y moradas que, por un segundo, me recuerda a la forma como se vestía mi abuela, aunque su cabello es demasiado corto para parecerse a ella. Sobre su hombro derecho carga un bolso que al parecer es el que lleva sus objetos personales, esto lo confirmo porque en su mano izquierda hay una bolsa de donde comienza a sacar un frasco de vinilo, un pincel, un trapo, una botella de agua y un vaso de vidrio. No puedo más con la curiosidad y con mucha precisión y sin ser visto por nadie, mientras me aseguro de que el cofre con las cenizas de la abuela continúe en la banca donde lo dejé, traspaso la cinta morada y me acerco a la señora con cuidado de no ir a asustarla.

Lo primero que noto en estas tumbas es que en algunas dice «N.N.» y en otras hay una placa de metal con una frase que dice «GRACIAS N.N. POR LOS FAVORES RECBIDOS». Esto se está poniendo cada vez más interesante.

Cuando me acerco a la señora, ella está retocando con el pincel la pintura blanca que está alrededor de la placa de metal que hay en la tumba que ella, evidentemente, está visitando. Yo disimulo un poco y me hago justo al lado de ella como fingiendo que también estoy visitando a alguien.

No han pasado más de cinco minutos y ya la señora ha terminado de retocar el color de aquel nicho y procede a echar agua al vaso de vidrio que acaba de sacar de la bolsa. Justo antes de descargarlo en su muerto, gira su cabeza hacia mí y me dice de manera muy tranquila.

—Joven, usted no es de por aquí.

Siento mucha vergüenza al saber que ella no ha demorado nada en notar mi condición de forastero y es que, por más que desde niño haya venido a este pueblo, nunca fui capaz de parecerme a alguien de aquí.

Para romper un poco la tensión, le digo a ella que vine a visitar la tumba de un familiar y que por pura casualidad la había visto a ella en un lugar prohibido. Claramente, no le iba a decir que había dejado a las cenizas de mi abuela hablando con la tumba del abuelo, eso no sería muy convincente, aunque para mí era evidente que lo que ella estaba haciendo tampoco lo era.

Cuando noto que ella empieza a sonreírme y a demostrar confianza,

le pregunto el porqué de su visita en este lugar prohibido y ella en vez de responderme de manera precisa, empieza a contarme su historia, yo solo puedo retirarme las gafas de sol y escucharla atentamente.

Cuando llegué con mi familia por primera vez al pueblo, lo hice con la intención de encontrar mejores oportunidades. Una persona cercana a nosotros me dijo que aquí habría prosperidad; por eso, sin dudarlo, hice maletas con mis hijos y mi esposo y al otro día cogimos el tren en búsqueda de un mejor futuro.

Al llegar, encontramos trabajo cerca de aquí y todo comenzó a lucir bien. Mis hijos estaban yendo a la escuela y mi esposo y yo cuidábamos una finca a la que solo se podía llegar por el Río. Siempre hubo rumores de que la guerrilla estaba cerca o que los paramilitares no demoraban en aparecerse por estos lados. Nosotros ya sabíamos que en el Río estaban encontrando cuerpos sin vida y, a pesar de que todos los días nos acostábamos a dormir como familia, siempre sentíamos una tensa calma por lo que se rumoraba en los alrededores de este lugar.

Pasaron los años, mis hijos fueron creciendo y, con ellos, el deseo de hacer dinero por su propia cuenta; por eso el menor empezó a pescar y el otro consiguió trabajo en una de las fincas de por aquí. Todo transcurrió con normalidad hasta la mañana en la que nos avisaron que mi hijo mayor no había vuelto después de haberse ido a negociar un ganado. Fue en ese momento cuando comenzó la odisea por encontrarlo. Regamos volantes con su cara, fuimos de casa en casa y de calle en calle preguntando si lo habían visto.

Mi otro hijo dejó de pescar por esos días y, desde que supo de la desaparición de su hermano, era el primero que iba a identificar un cuerpo cuando a alguno de sus colegas se le enredaba un muerto en el chinchorro.

Pasaban los años, y los ánimos de encontrarlo eran cada vez menos. La finca en la que trabajábamos se vendió y, con el dinero que pudimos ahorrar, compramos una casita aquí en el pueblo, montamos una tienda y de eso empezamos a vivir, mientras seguíamos buscando a nuestro hijo.

Después de varios años, mi esposo murió. No soportó su ausencia y un cáncer de pulmón terminó por llevárselo. Al menos a él le pudimos dar cristiana sepultura. Está descansando en el pueblo del que alguna vez partimos en búsqueda de oportunidades.

Mi otro hijo y yo seguimos con la búsqueda. Siempre que veíamos el bombillo de la morgue encendido, íbamos a pedir que nos dejaran ver el cadáver que estaban organizando, por si era el de mi muchacho. Así pasaron diez años.

Un día, una vecina me invitó al cementerio, me quería mostrar algo y, ante su insistencia, acepté. Cuando llegamos, me trajo directo a este lugar: el pabellón de los N.N. Me dijo que en estas tumbas estaba la mayoría de los cuerpos que, desde hace más de treinta años, venían apareciendo en el Río, también me contó que ninguno de los que permanecían aquí se habían identificado antes de ser enterrados.

Ella no me trajo para buscar a mi hijo adentro de estas tumbas. Cuando empecé a ver todo lo que pasaba en este pabellón con las personas que lo visitaban, entendí el porqué de mi presencia aquí.

Luego de unos minutos, y ante mi sorpresa, me dijo que escogiera una de las tumbas que no tuviera nombre y le pusiera el que yo quisiera. No tuve que buscar mucho con la mirada, había una en blanco y esa fue la que escogí. Sin dudarlo ni un segundo, le puse el mismo nombre que mi hijo: ... La vecina sacó un frasco de vinilo negro y me lo entregó junto con un pincel. Me dijo que escribiera la palabra «Escogido», la fecha y el nombre que le había asignado. A partir de ese momento, comencé a cuidar de él como si fuera mi propio hijo: lo adopté. Empecé a sentirme feliz de poder cuidarlo, de saber que se sentía protegido, que yo era su guardiana. Nunca le faltaron flores ni visitas. Cada lunes, sin falta, pagaba para que leyeran su nombre en la misa. Cuidarlo a él era sentir que estaba cuidando a mi hijo, así fueran dos cuerpos distintos.

Al cabo de un tiempo, la misma vecina me preguntó si ya le había pedido algún milagro y, ante mi negativa, sus palabras fueron «¿y qué estás esperando?».

Mi próxima ida al cementerio fue a pedirle a mi muchacho que protegiera a mi hijo menor, que por favor evitara que su destino fuera el mismo de él y que, de cumplirme, con toda seguridad, nunca le faltaría mi compañía, aquí en el pabellón, mientras estuviera viva. Al poco tiempo, mi hijo se casó, tuvo la oportunidad de irse del país con su familia y desde allá comenzó a enviarme dinero para sostenerme a mí y a la tienda. Fue por eso que mandé a hacer una placa de metal para ponerla en agradecimiento a

lo que había hecho por mí, la puse en toda la mitad de su nicho: «Gracias N.N. por los favores recibidos». La coloqué en un lugar donde no tapara el nombre de él y, sin saber por qué, empecé a llorar sin consuelo, era como si estuviera frente a la tumba de mi propio hijo. Seguro era porque este N.N., mi Escogido, era el único familiar que tenía en este cementerio.

Por eso, aquí vengo cada ocho días, sin falta, como se lo prometí. Cada fin de semana estoy pendiente de él. Todo el mes de noviembre acompaño al animero a sacar las ánimas por el pueblo.

A pesar de los años que han pasado desde que lo adopté, siempre estoy velando porque su muerte, aunque fuera mediada por la guerra, sea digna, como la de todos los cuerpos sin identificar que están a su alrededor. Ojalá mi muchacho también esté en un pabellón similar a este y alguien esté cuidando de él como yo lo hago por el hijo de otra persona.

Desde hace un tiempo hay una cinta morada que impide el paso de cualquier visitante. Cuando pregunté por qué, me dieron la noticia de que todos estos cuerpos van a ser exhumados para intentar hallar la forma de identificarlos. Realmente me da un poco de nostalgia, pero entiendo que es la única forma de parar la angustia de algunas familias que todavía buscan un hijo, una hija, un esposo, un padre, una madre, un nieto, un sobrino, un yerno, una nuera. Esa persona que un día salió de casa, con la bendición de Dios Padre y nunca más regresó a su hogar.

Su historia realmente me conmueve. En mi familia ha habido asesinatos, pero nadie estuvo desaparecido, y a los muertos siempre se les pudo dar cristiana sepultura.

Me cuestiono un poco el rol que tengo en este momento con las cenizas de mi abuela: ¿es justo haberla adoptado a ella a pesar de no ser una N.N.? Mi abuela tiene familia, lloramos su muerte, la acompañamos hasta su último suspiro, la guerra no fue la culpable de su deceso, sus restos no están perdidos y su recuerdo en nosotros, los suyos, está intacto. Me siento un poco mal: las personas desaparecidas también tienen derecho a que se llore su muerte, así sea por parte de alguien ajeno a su familia. Yo podría haber adoptado a un N.N. y haberle dejado la responsabilidad de las cenizas de mi abuela a otra persona. No sé si lo que estoy haciendo por ella tenga tanto mérito como lo que está haciendo esta señora por el difunto que de alguna manera reemplazó la desaparición de su hijo. ¿Aún

estaré a tiempo de adoptar a uno de esos muertos?

La señora me pide que la acompañe hasta un lavadero que hay más adentro del pabellón, me imagino que tiene que lavar el pincel con el que repasó las letras de la tumba y yo, por el solo hecho de agradecer su historia, le digo que sí y, mientras camino con ella, anhelo internamente que no pregunte para dónde pretendo irme después.

Cuando ella termina de lavar su pincel y empacar las cosas, pienso en una estrategia para separarme de ella y seguir mi camino; creo que la mejor forma es simular que me ha entrado una llamada, pero no me atrevo a hacerlo. Por fortuna, ella se despide de mí argumentando que debe ir a abrir la tienda porque ya casi es la hora de almuerzo y hay muchas personas de su barrio que siempre compran para el diario. Yo le agradezco por el tiempo y salgo detrás de ella, ayudando a alzar la cinta morada para que no se lastime con ella.

Mientras ella se aleja, un golpe de realidad me recuerda que dejé a la abuela sola en una banca, la perdí de vista y estoy a poco más de treinta metros de ella. Me voy lo más rápido que puedo, no vaya a ser que alguien la adopte al no ver su nombre o la palabra «escogido» escrita en el cofre.

Abuelita, esta era la sorpresa que te tenía preparada, por eso había que salir temprano de la casa. Sé cuánto te gustaba ir a misa y más si era con el viejo. Espero que hayan conversado mucho. A propósito, ¿no te gustaría quedarte aquí a su lado? Así puedo visitarte cada vez que quiera, mientras tú compartes la muerte con él. Sé que el Río no está cerca y que eso no fue lo que me pediste, pero no descartes esa posibilidad.

Si supieras la historia que me acabaron de contar. Espero que tu charla con el abuelo haya estado menos triste que la mía con esa señora que va ahí. La guerra deja huellas, abuelita. Al menos nadie está solo en este cementerio.

Después de pensarlo un rato, y al sentir que el sol comienza a calentarse como cuando llegué ayer, pienso en algo: por más muerta que esté, la abuela no va a ser muy feliz en este lugar; es más, me siento un poco mal por el abuelo: casi toda su vida vivió junto al Río y, cuando murió, lo separaron de él. Me pregunto qué quedará de su cuerpo, si los gusanos

aún se alimentan de él. Yo creo que ya no queda nada de lo que alguna vez cubrió sus huesos. ¿Qué pasó con la ropa con la que lo enterraron?, tal vez siga vestido... o no... Ya no hay nada qué vestir. ¿Será que el ataúd, así como él, también se deshizo con el tiempo?

No quiero separarme de mi abuela. Al menos no todavía. Sus cenizas aún me pertenecen.

V

—Mijo, organícese para que vaya con su tío a comprar unas cosas para el almuerzo —dijo mi abuela justo cuando me vio pasar de la habitación hacia el baño.

Me tomé el vaso de aguapanela caliente que estaba servido en la mesa del comedor lo más rápido que pude. Ir a hacer alguna compra con mi tío solo significaba algo: paseo en moto y gaseosa al final como recompensa. Me puse los zapatos, cepillé mis dientes y me senté a esperarlo mientras la abuela hacía la lista de lo que se debía comprar: una sarta con diez bocachicos y un revuelto para hacer un viudo de pescado.

Cuando él llegó, no dejé ni que se bajara a saludar. Me subí en la moto y emprendimos el viaje hacia el puerto. Quedaba justo en frente de la casa, pero al otro lado del Río. Mi única labor era cargar las bolsas con las compras. Él era el responsable de escoger el pescado, asegurarse de que estuviera fresco y pedir descuento en caso de ser necesario. Todo eso mientras yo me dejaba fascinar por la forma como descamaban, destripaban y zafaban el bocachico antes de vendérselo; pero esta vez no había nada en las carretas y mucho menos en las canoas. Tuvimos que esperar a que llegaran otros pescadores para comprar lo que necesitaba la abuela.

Mientras el tío conversaba con algunas de sus amistades, yo me fui hacia la orilla del Río a mirar lo que hacían unos señores que parecían pescadores. Me llamó la atención que mientras uno desenredaba una red muy grande, el otro se encargaba de enrollarla estratégicamente dentro de la canoa. Le decían chinchorro y era su principal herramienta para pescar. Se notaba que alguna vez había sido blanca, pero ahora el café era su color principal. Uno de ellos me invitó a subir al bote para ayudarles a sacar el agua que se había metido en la última salida. Me entregó un tarro de plástico cortado a la mitad y me mostró la forma correcta de moverlo para acumular más agua y tirarla afuera. No sabía quién estaba más desubicado: si el agua empozada en la canoa teniendo un Río gigante al lado; o yo, un simple niño que no tenía la más mínima idea de cómo sacar un pescado de ese montón de agua.

Mientras sacaba el agua y ellos desenredaban su red, uno de ellos me contó, más o menos, de qué se trataba eso de ser pescador. Recuerdo que me dijo algo así como que no siempre había motivación para salir a pescar, los días malos superaban a los buenos, con el paso de los años pescar se volvió lo mismo que fracasar. Me dijo que a pesar de que había cumplido su sueño de tener una canoa propia, ahora no podía ni pensar en venderla porque eso no alcanzaría ni para los gastos de una semana. También me dijo que todo lo que había aprendido gracias a su papá se había perdido, pues ahora no hay peces: fue en vano devolver a los más pequeños al Río si otras personas no los dejarían crecer.

Recuerdo que en ese momento llegó otra canoa con una cantidad considerable de bocachicos y la cara del pescador que hablaba conmigo fue la misma que ponía yo al escuchar un nombre distinto al mío al momento de llamar a los estudiantes que merecían izar la bandera por su buen desempeño académico. No sabía cómo decirle que entendía su frustración. Por fortuna, el silencio incómodo duró poquito, mi tío me llamaba a lo lejos y yo, de un solo brinco, me bajé de la canoa no sin antes devolver el tarro con el que sacaban el agua.

Llegó mi tío. Ya estaba listo el pedido, solo había que esperar a que lo arreglaran para volver a casa; nos fuimos a una tabernita que también hacía las veces de verdulería, no estaba muy lejos de la orilla. Mientras organizaban el revuelto, el tío pidió una cerveza y yo, una naranjada. Cuando estaba terminando mi gaseosa, vi una canoa que empezaba a adentrarse en el Río, el señor que iba manejando me hizo un gesto con el dedo pulgar derecho y yo le respondí con el mismo, anhelando que les fuera muy bien.

Me despido de la tumba del abuelo y me dirijo a la salida sosteniendo el cofre con ambas manos. Cuando cruzo la puerta, giro hacia la izquierda y lo primero que me encuentro es una pared que tiene escrito un montón de nombres con la fecha de sus muertes, todos bajo un mismo cartel: «Mural del recuerdo: en memoria de las víctimas del conflicto armado». No sé quiénes son, ningún apellido se me hace familiar, pero no importa: son nuestros muertos y eso hace que los sienta tan míos como las cenizas de mi abuela, la tumba del abuelo, el hijo de la señora que salió a trabajar y nunca volvió, los cuerpos que encontraron en el Río que pasa a pocos

metros de aquí y que se convirtieron en los no nombrados adoptados por los habitantes de este pueblo.

Enciendo el carro. Sé que debo ir al puerto, desde el cementerio no hay mucha distancia. Es fácil llegar: el camino va dando sus señales, no es posible perderse.

Después de avanzar unas cuadras, un niño se asoma en la esquina, está descalzo, sin camiseta y con la pantaloneta chorreando agua. Viene ofreciendo un blanquillo que seguramente acabó de sacar con un anzuelo. Le doy las gracias. Siento mucha hambre, pero no tengo ni idea de cómo arreglarlo y mucho menos cuento con un lugar para cocinarlo. Estoy cerca.

Continuamos el recorrido y, después de dos calles, empezamos a encontrar carretas con bocachicos, barbudos y bagres. Es sorprendente ver el tamaño de estos últimos, hay algunos que no caben ni siquiera a lo ancho de la carreta. Los demás están unos encima de los otros. Seguro hay subienda, diría mi abuela.

Entre más avanzamos, más fuerte es el olor a pescado. Hay escamas por todo el suelo y no hay mucho espacio por donde andar.

Allá está el Río, abuelita.

Como puedo, me estaciono a un lado de la calle y desciendo con el cofre. Caminamos unos metros hasta la orilla, me detengo ahí. Tengo a la abuela en mis brazos y de momento no sé qué hacer. Mientras pienso con la mirada perdida en el horizonte, descubro algo a lo que nunca le había prestado atención: al frente de la casa de la abuela, el Río se mueve de izquierda a derecha, mientras que, en este lado, su corriente fluye en sentido opuesto, de derecha a izquierda. Con este juego de aguas, entiendo que, aunque ambas orillas compartan el mismo Río, las dos tienen historias únicas por contar.

Mira, abuelita, desde aquí podemos ver tu casa, y ayer, desde allá, vimos este puerto. Ves ese montón de vegetación que rodea la orilla del frente, ¿no te parece triste que ayer todo lo que vimos a este lado fueron edificios detrás del Río?

Mira estas canoas aquí invadidas por pescadores y uno que otro

turista; las de allá, en cambio, están amarradas y en total abandono. ¿En cuál lado te gustaría más? ¿Allá o acá?

Hay unos niños bañándose en el Río, cerca de nosotros, le pregunto a uno de ellos qué tan profundo es y me dice que bastante, que hay que saber nadar para no ahogarse, porque la corriente tiende a halar con violencia. Se están retando para medir quién llega más rápido a la mitad de las dos orillas, dicen que ahí es más bajito y el agua menos agresiva. Me parece algo ilógico, pero mi abuela alguna vez me dijo lo mismo: «En este Río es muy peligroso bañarse en las orillas, mijo».

Me quedo de pie viendo la competencia: son tres los niños que nadan. Se nota el esfuerzo que hacen para no dejarse llevar por la corriente. Nadie les presta atención, solo yo. Aquí la gente está acostumbrada a ver este tipo de cosas. Cuando empezaron a nadar, estaban justo al frente mío, ahora los veo muy hacia la izquierda. ¿Cómo se van a devolver? No creo que nadie vaya por ellos.

¿Te acuerdas cuando me decías que no me metiera porque era muy hondo? Yo pensaba que el Río era igual que las piscinas a las que me llevaban: que en la orilla era bajito y se podía tocar el suelo, pero a medida que se avanzaba se iba perdiendo el fondo. Ya lo entiendo todo: este Río no es así, aquí tiene bastante profundidad en ambos extremos, pero es bajito hacia el centro, uno se puede bañar tranquilo allá en la mitad, Río adentro; claro, si se cuenta con el valor para nadar hasta ese lugar. Cada vez comprendo más tu devoción hacia Él, es algo particular.

¿Por qué disfrutabas tanto sentarte en la orilla de allá si lo que te rodeaba era verde y ese color no te gustaba para nada?

El aguacero de anoche estuvo bastante fuerte, pero el cauce no se percibe crecido ni más oscuro.

Si me preguntan en este momento cuál es el color del Río, no tendría una respuesta concreta. No es lo mismo cuando se habla del color del mar. El mar, por defecto, en el imaginario de todos, es azul, pero ¿y el Río? La mayoría de gente solamente lo visualiza café y, aunque sí hace parte de su color, no es el único. Cuando estás frente a Él y lo detallas por

varios segundos, te das cuenta de que no tiene un tono definido. A veces se ve gris claro, sobre todo por las mañanas cuando el cielo está un poco nublado; al mediodía, como en este momento, es común ver un poco de azul en Él, producto del reflejo del cielo que comienza a abrirse paso entre las nubes; sin embargo, hay momentos en que estos tres se unen en el agua y es imposible saber con certeza cuál es su color.

El gris es producto de las nubes y el azul del cielo, pero ¿de dónde viene el café?

Creo que una de las formas más bellas que encontró el Río para reconocerse en quienes habitan sus alrededores es vistiéndose del mismo color de ellos: de los pescadores que, jornada tras jornada, ven cómo su piel está cada vez más quemada por el sol; de los chinchorros que, en la medida en que se sumergen en el agua, van adoptando un tono más marrón; de la madera de las canoas que no fueron pintadas; de las mesas de los restaurantes que están aquí a la orilla; de las carretas que venden pescado todos los días y hasta del cofre que me acompaña desde ayer en este pueblo. El café es el paso del tiempo, es la vejez, es un recuerdo.

Qué hambre, abuelita. Vamos a buscar almuerzo. Qué rico un pescado frito, de esos que vienen con consomé, patacón y ensalada. Mira qué curioso el nombre de ese restaurante. Aprovechemos que ahí todavía hay mesas. Ayúdame a recordar el sabor del pescado. Me acuerdo cuando me dijiste por primera vez que le echara limón al caldo para mejorar su sabor y desde ese día no he dejado de hacerlo.

En el restaurante *Sol y sombra* el menú es un viaje al pasado: viuda de bocachico, sancocho de bagre, barbudo frito, blanquillo sudado y, como si fuera poco, refajo de sobremesa. Todos vienen acompañados de un plato de caldo que hace las veces de entrada.

Tantas opciones y no sé cuál escoger. Lo más importante es el consomé, eso sí: que traiga su rebanada de limón para exprimírselo. La decisión es difícil.

El bocachico es uno de los pescados más complicados de comer, tiene muchas espinas, incluso son más grandes que cualquiera de mis dedos; una de ellas clavada en la garganta es motivo suficiente para preocuparse.

Este pescado suele ser grande, normalmente lo sirven completo; solo cuando sobrepasa el tamaño del plato lo cortan a la mitad.

El bagre y el blanquillo son fáciles de comer, pero no conozco a nadie que haya podido con uno entero. El primero se reconoce por las rayas negras y grises que hay en su piel, algunos dicen que es como tigreado. El otro lleva su nombre por el blanco de su abdomen. Ambos suelen servirse en filete y no tienen nada de espinas. En sancocho o sudado son deliciosos.

En la casa de la abuela solía decirse que el barbudo era el manjar del Río. Uno podía comerse hasta seis en una sola sentada. Sabía rico sudado, pero frito era un verdadero placer. De lo pequeño que es, sus espinas no representan peligro alguno.

Hoy quiero bocachico frito. Recuerdo que, cuando la abuela los arreglaba en su casa, llamaba mucho mi atención la fuerza con la que sostenía el cuchillo al rasparlos para quitarles las escamas. Estas se agarraban tanto a la piel que la única opción era mojar constantemente el pescado a ver si cedían un poquito. Desde aquí veo a un señor haciendo lo mismo con el agua del Río para seguir raspándolo. ¿Por qué los recuerdos de mi abuela no se aferraron con más firmeza a ella? Quizás por eso tampoco se metió al Río, ni siquiera durante su enfermedad: tenía miedo de que sus recuerdos se separaran de ella más rápido, así como la fuerza de las escamas que intentan sostenerse al bocachico.

Cuando ordeno el plato a la mesera, hago hincapié en que quede bien frito, pero que no lo vayan a dejar quemar. Hay un poco de duda en mí. Sé que tiene muchas espinas, pero confío en que este esté bien zafado: así se dice cuando le hacen un montón de rayas con el cuchillo desde la cola hasta la cabeza, a ambos lados, para cortar algunas de sus espinas al punto de volverlas imperceptibles cuando se está masticando.

La espera es corta. Lo primero que me traen es un plato a rebosar de consomé. No tengo que pedir el limón, este ya viene cortado a la mitad para ser exprimido.

Lastimosamente, el caldo no sabe igual al que hacía mi abuela, este es más espeso y, al contacto con el limón, su sabor no mejora.

Menos mal no estás aquí probando esto, abuelita.

Cuando llega el pescado, noto que no cabe en el plato de lo largo que

es. En otras circunstancias, mi abuela lo hubiera cortado por la mitad, para facilitar las cosas. Es imposible no hacer comparaciones: la orilla de allá, la de acá; el color del Río y el del mar; la muerte de mis abuelos; el día y la noche; las escamas y la memoria; la ciudad y el pueblo.

Como puedo me concentro en comerme el pescado, no vaya a ser que una espina se me atravesara en la garganta y arruine mis planes.

Comer este tipo de platos es asumir que los dedos serán los protagonistas y no los cubiertos, como suele suceder en otros escenarios. Lo primero que muerdo es la cola y las aletas, me gustan cuando están tostadas. Dejo para el final la parte de la cabeza. Es más sencillo comenzar por este lado, de la mitad hacia la cola. De la mitad hacia la cabeza es donde hay más espinas. Son muy grandes y más cuidado se debe tener. Si a uno se le va una, como se dice en este pueblo, la mejor forma de hacerla bajar es partiéndola con un pedazo de patacón, papa o yuca. Espero no tener que recurrir a estas medidas el día de hoy. Aprovecho el limón que me dieron para la ensalada y le doy más sabor al pescado. Está algo insípido.

«Están muy cruditos en este restaurante», dirías tú, abuelita.

Termino de comer. A ninguna espina se le ocurrió quedarse atorada. A pesar de los años que han pasado, todavía recuerdo cómo comer bocachico. Me voy a lavar las manos antes de pedir la cuenta. La clave para no quedar muy oloroso es untarse con bastante limón. El limón como que sirve para todo.

Qué ruidoso es este lado del Río. Las tabernas no solo compiten por quién vende más, sino por cuál es la que más ruido hace. Ahora entiendo por qué no tengo recuerdos con mi abuela en esta orilla.

No, abuelita. Aquí no.

—Señora, ¿puedo quedarme un rato aquí sentado mientras espero a que baje el sol? Es más, hágame un favor: tráigame otro vaso de refajo y de paso la cuenta, ¿esa gente que está allá alquila sus canoas? Debo hacer un recorrido corto por el Río.

VI

—¿Para dónde me llevan? Déjenme aquí, yo quiero morir como el viejo, bajo este mismo techo.

Volver a mi casa después de un largo periodo de vacaciones era asumir que en el bolso las cosas ya no iban a caber, aunque fueran las mismas que al llegar. Además de la maleta, se volvió tradición regresar con una nevera de icopor muy grande en la que había pescado, yuca, plátano, pulpa de mango, guanábana, limones, guayabas y todo lo que la abuela quisiera empacar ahí.

Recuerdo mucho cada despedida con la abuela antes de salir de su casa para la terminal de buses: me daba un abrazo y, con mucho disimulo, ponía un rollito de billetes en mi mano derecha, no recuerdo con certeza cuánto dinero era, pero sí la emoción con la que desenrollaba la plata cuando ya estaba en el taxi.

Cuando viajábamos en bus, yo me pedía la ventanilla, sobre todo si era la que daba al carril contrario al que íbamos. Me gustaba mucho intentar adivinar el color de los carros que venían. No podía sacar la cabeza ni las manos, mi mamá decía que era muy peligroso, aunque disfrutaba de vez en cuando sentir el aire en mi cara. Una vez, una señora nos contó que un amigo muy cercano se quedó dormido en el bus con la mano por fuera de la ventanilla y un carro se la cortó. Desde ese momento, nunca volví a dormirme en un viaje y mucho menos a sacar la cabeza o alguna mano por la ventana, así el vehículo no estuviera en movimiento.

Cuando el aire comenzaba a ponerse fresco era porque ya estábamos cerca de casa. En ese momento, una sensación rara se apoderaba de mí, era bastante extraña, sentía alegría y tristeza a la vez: tal vez porque pronto volvería al colegio o quizás no me agradaba mucho la idea de sentir el clima de mi ciudad. ¿Fue eso mismo lo que sintió la abuela al tener que abandonar su casa?

Cuando la abuela no pudo valerse más por sí misma, sus hijos empezaron a encargarse de su cuidado: las mujeres se turnaban la labor de acompañarla en el día y la noche, mientras que los hombres eran los

responsables de llevarla al médico cuando era necesario. A pesar de ello, la abuela siempre dormía en su casa y seguía recibiendo la visita de quienes querían acompañarla, así ella ya no los recordara como antes.

A pesar de todo, ella era feliz en su casa, principalmente porque tenía el Río de frente y todas las tardes podía sentarse cerquita de Él. Yo no dejaba de ir en vacaciones; además, tenía la fortuna de ser recordado por ella la mayoría de las veces.

Con el paso de los años, la enfermedad fue poniéndose cada vez peor, los médicos del pueblo sugirieron trasladarla para una ciudad donde hubiera más especialistas y fue así como se empezó a planear su traslado.

Mi casa en la ciudad se convertiría en su nuevo hogar, no sabía qué tanto le iba a gustar, pero a mí me entusiasmaba la idea de compartir con ella todos los días y no solo en vacaciones.

No iba a ser fácil para la abuela. Al frente de mi casa no pasaba ningún río, no había árboles frutales, menos iguanas y serpientes, las guacamayas no se asomaban a ninguna hora, los pajaritos no llegaban en las mañanas y los gallos no cantaban avisando el amanecer.

Por más que se le avisó que debía irse de su casa, ella parecía no entenderlo del todo. Solo cuando fuimos por ella, aquella mañana, pudimos ver en su rostro el dolor.

—Para dónde me llevan, déjenme aquí.

No hubo forma posible de explicarle que era por su bien, que iba a estar al cuidado de su hija menor y que la partida no era definitiva, que iba a volver.

Convencerla de subirse al carro no fue nada fácil. Después de mucho insistir, hubo que decirle una mentira: que íbamos para el médico y volveríamos a almorzar. En el fondo sé que ella no se lo creyó, y no fue porque fueran las tres de la tarde. Sus ojos lo decían todo. Mientras se subía al carro, le daba una larga y última mirada al Río, como si desde entonces supiera que no volvería a verlo jamás.

(No te olvides de mí, Río querido)

En el viaje hubo silencio total, mi madre no decía nada y yo, mientras manejaba, no dejaba de ver el retrovisor para enfocar el rostro de la

abuela. Ella solo miraba hacia las montañas, como si le gustara el verde. Ni siquiera el arbol que se dibujaba al otro lado, en el cielo, llamaba su atención. En todo el recorrido ninguno dijo más que lo necesario.

Cuando llegamos ya era de noche. Subimos las escaleras hasta el segundo piso y, al entrar, le mostramos lo que iba a ser su nueva casa. Después de un rato, la llevamos a su habitación, no sin antes explicarle de nuevo en dónde estaba y el porqué de su visita, pero eso no funcionó. Su mirada seguía mostrando una desazón que ni con dormir se le iba a quitar.

Mi mamá le ayudó a ponerse la pijama, le entregó la cobija y apagó su luz cuando la abuela se acostó. Más de una vez hubo que arroparla hasta el cuello, a veces en la madrugada hacía mucho frío.

Las primeras noches fueron las más difíciles. Cada mañana, sin falta, nos decía que el sonido de una rana no la había dejado dormir. Por más que la buscamos, nunca la encontramos. Todas las tardes, mi mamá la llevaba al balcón para que se entretuviera, aunque no había mucho paisaje que ver. Muchas veces me senté a su lado, pero casi no me decía nada. En otras ocasiones, mientras veía pasar carros y motos, le lanzaba una sonrisa a las personas que iban caminando, pero nadie le correspondía.

(No entiendo muy bien por qué estoy aquí. Los sonidos de la noche son muy distintos a los de mi casa. Intentar dormir significa volver a escuchar esa rana. No me atrevo a pararme a buscarla, todas las mañanas les digo, pero nunca la encuentran, hasta creo que se hacen los bobos para no buscarla.

Está haciendo mucho frío en la noche. Yo no estoy acostumbrada a dormir arropada y menos con la puerta abierta. Si me quito la cobija, me la vuelven a poner; si me quiero quedar sentada en la cama, me obligan a acostarme. Ya mi vida no me pertenece.

Y aquí sigo, otra tarde sentada en este balcón. No es lo mismo ver esta calle llena de carros y motos. El ruido es insoportable. Es mejor cuando estoy al frente del Río y de vez en cuando pasa una canoa o un remolcador. El gris del suelo no se compara con los colores del agua. Está empezando a ventear frío. No huele a calor. No hay cómo saber si va a llover o no. Los pajaritos no vienen, ¿dónde consigo plátano maduro para ponerles? La gente que pasa se queda mirándome como si no perteneciera

a este lugar. Más de una vez he saludado a la vecina del frente y ni me voltea a ver. A pesar de la cercanía, aquí la gente no se preocupa por conocerse. Mijo, cuándo voy a volver a mi casa. No veo la hora de irme de aquí. Respóndame)

La primera vez que llevamos a la abuela al médico, teníamos mucha expectativa: un doctor distinto al del pueblo la iba atender y no sabíamos cómo iban a salir las cosas; sin embargo, no hubo ningún inconveniente con el nuevo especialista.

Ese día madrugamos más porque el tráfico en la ciudad a veces era imposible y no queríamos que ella estuviera mucho rato encerrada en un carro. Recuerdo que cuando salimos a la autopista, vi que la abuela, que iba en la parte de atrás, se enderezó en su silla, abrió más los ojos y clavó la mirada hacia la izquierda de la vía. Al lado iba pasando el río que atraviesa la ciudad de sur a norte y lleva su mismo nombre. La abuela, que hace un momento iba distraída mirando a la nada, se quedó lela observándolo, pero sin decir palabra. Fueron varios minutos de contacto visual, ella movía la cabeza, hacía gestos con la boca, levantaba las cejas y hasta fruncía el ceño. Luego lo dejó de ver: tuvimos que desviarnos por otra calle y el río desapareció. No sabía qué estaba pasando por su mente, pero era casi obvio que, al ver esas aguas, el recuerdo de su casa al frente del Río tomó protagonismo, aunque fuera por ese solo instante.

Más de una vez hicimos el mismo recorrido, no solo para ir al médico, también salíamos a distraernos un poco. Durante las primeras salidas, la abuela fijaba más su mirada cuando pasábamos al lado de ese río, incluso, a propósito, bajaba la velocidad para que ella lo pudiera contemplar más tiempo.

Después de varios paseos, no lo volvió a determinar. A pesar de estar ahí frente a ella, su mirada empezó a contemplar otra vez la nada. ¿Ya se habrá olvidado del Río? Fue la única pregunta que se nos ocurrió.

(Este río no tiene curvas, es todo derecho. Se ve muy sucio. No hay canoas ni embarcaciones. No se ven pescadores a sus orillas y menos sobre él. Qué montón de piedras. Seguro no hay ningún pez ahí debajo. Nadie se baña en sus aguas. No anuncia la lluvia, ni la subienda, no cambia

de color. Por más que lo mire no siento paz. Además, huele feo. No tiene árboles lindos a su alrededor. No sé qué pretenden ellos con mostrármelo si la sensación no es la misma. ¿De qué le sirve a la gente de este lugar tener un río tan cerca si viven como si no existiera?)

Después de muchas idas al médico recibiendo malas noticias, se decidió que la abuela no volvería al pueblo y por eso se quedó definitivamente en mi casa. Tenía que estar cerca de un hospital de mayor nivel y, además, les pareció de mal gusto hacerla mudar cada cierto tiempo, de ciudad en ciudad, sabiendo que ya estaba un poco familiarizada con el nuevo hogar: ya se había acostumbrado al clima y según ella estaba durmiendo bien, hasta nos agradeció por haber sacado la rana de la habitación.

De vez en cuando, la familia iba a visitarla, mandaban pescado del pueblo para compartir con ella. Queríamos ayudarle a evocar los sabores de su tierra. Nos pusimos la tarea de hacer que recuperara los recuerdos que más se pudiera; por eso le poníamos la música que más le gustaba, mi mamá hacía el pescado tal cual lo preparaba ella y muy en la mañana la casa olía a aguapanela y tinto recién hechos.

(Yo les agradezco tanto esto que están intentando hacer, pero si supieran que lo que verdaderamente quiero es estar en mi casa)

Lastimosamente, nada funcionaba. La abuela cada vez hablaba menos y se dispersaba más. Verla era entender que se estaba desvaneciendo y no había forma de hacerla regresar. Se iba de a poquitos y ni siquiera se despedía. Si para mí era difícil verla así, no me imagino cómo se sentía mi mamá. La sensación no se comparaba en absoluto a cuando empezó su enfermedad. Los controles con los médicos no daban esperanzas y hasta uno de ellos se atrevió a decirnos que no nos extrañaríamos si en algún momento la abuela tuviera que irse definitivamente para un hospital.

No volvimos a salir con ella hacia ningún lado. El médico comenzó a venir a casa. Las tardes en el balcón eran su única salida, estas solían ser en total silencio. Cuando llovía, no dejaba que la entráramos, al parecer le gustaba perderse en el sonido de la lluvia y en las gotas que caían en total desorden. Un día, antes de llevarla al hospital, estaba lloviendo con

bastante viento hacia el balcón y se empezó a mojar. Cuando fuimos por ella, estaba de pie, con los ojos cerrados y bien aferrada a la baranda, era como si dejara que la lluvia acariciara su rostro por última vez.

(...)

VII

—Cierren las puertas. No dejen salir al niño. Que no se asome por ningún lado —decía la abuela.

Lo que ella no sabía era que, desde hacía rato, yo estaba viendo, por una de las ventanas, el cuerpo que había aparecido justo al frente de la casa, cerquita del Río.

La escena impresionaba. El cadáver estaba acostado bocarriba con los brazos abiertos. Tenía la piel muy blanca y lucía demasiado hinchado. En sus extremidades resaltaban algunos manchones de color morado y su ropa estaba deteriorada. Medio podía reconocerse una camisa manga corta de cuadros azules y un jean claro que estaba recogido en sus rodillas.

El cuerpo no había llegado por sí solo hasta ahí, pero el Río tampoco fue el responsable de expulsarlo de sus aguas. Alguien lo había sacado para ponerlo en aquel lugar y ya la gente comenzaba a amontonarse alrededor de él. Quien haya sido, seguro no dijo nada por miedo a meterse en un problema.

Cuando los policías llegaron, lo primero que hicieron fue poner una cinta amarilla, para que la gente no se acercara al muerto; luego vinieron a tocar la puerta de la casa para preguntar qué había pasado. Recuerdo que mi tío ya había llegado y no les dijo nada, igual creo que tampoco sabía mucho. Yo solo recordaba lo que él había dicho en algún momento sobre los muertos que estaban apareciendo en el Río, pero no se lo iba a decir a los policías.

Mientras hacían el levantamiento, uno de los oficiales tomaba tinto en la casa y conversaba con nosotros sobre lo que había pasado. Cabe aclarar que yo solo escuchaba porque no me dejaban intervenir para nada. Hubo un momento en que el oficial empezó a lamentar la muerte de esa persona, decía que era obvio que no se había ahogado y que seguramente no iban a poder identificarlo, como todos los demás muertos que estaban apareciendo en el Río en los últimos años. Recuerdo que mencionó algo de otros cuerpos que habían encontrado llenos de piedras y que esto lo hacían para que no flotaran y que nunca los pudieran encontrar, pero que, quienes hacían esto, no contaban con la audacia del Río, que siempre

encuentra la forma de expulsar de él lo que no le pertenece. Creo que en ese momento entendí que lo que no corresponde al Río siempre viaja en la superficie y no en lo profundo, como lo hacen los peces: por eso, los ahogados y los muertos que arrojan en Él, por más pesados que estén, terminan flotando o en una orilla, a pesar de haber estado sumergidos por un tiempo.

Mientras el policía conversaba con mi familia, explicaba que cuando encuentran un cuerpo en el Río sin identificar y nadie lo reclama, no hay funeral, no existe el duelo, no hay ataúdes de madera y, lamentablemente, nadie llora su partida.

Ver ese cuerpo ahí, afuera de la casa, iba a marcar un precedente en mi vida: nunca me había imaginado la muerte y, desde ese día, y por un largo tiempo, solo pude verla de una manera: pálida, hinchada, destrozada y bastante vergonzosa. Más de una noche soñé que ese cadáver se levantaba y tocaba la puerta de mi habitación. Por un tiempo, dormir en la casa de mi abuela no fue fácil.

Dos años después murió el abuelo. En su funeral, fui uno de los que esperó la luz de la mañana para ver su rostro por el vidriecito del ataúd; si bien tenía el recuerdo de aquel cuerpo que había aparecido afuera de la casa, quería comprobar que él no se veía así.

Efectivamente no estaba ni hinchado, ni morado, aunque sí bastante pálido. Me sorprendió ver su rostro sin arrugas, sabiendo que la última vez que lo había visto no cabía ni una más en su cara.

No pasé muchos segundos frente a él, más personas querían verlo y ya se aproximaba la hora de llevarlo al cementerio. Ver al abuelo muerto me dio un poco de valor. Años después, entendí que la muerte, a pesar de ser una sola, no siempre llega de la misma manera a todas las personas: a algunos los asesinan, otros mueren de infartos, cáncer, aneurismas, derrames cerebrales o cualquier otra enfermedad. Mi abuela nunca supo con certeza cuál era el mal que se la estaba llevando. Creo que eso fue motivo suficiente para querer hacerme cargo de ella después de muerta.

¿Qué habrá sido de ese cuerpo que apareció al frente de la casa hace tantos años? Espero que alguien lo haya escogido.

—Aquí tiene su refajo. Ahorita le traigo la cuenta.

De este lado del Río hallar tranquilidad no es fácil, hay demasiada música sonando a la vez y con mucho volumen: que vallenato, que corridos, que salsa. Es tanta la bulla que no se identifica el inicio ni el fin de una canción.

Después de unos minutos, hay un momento en el que uno de los bafles de otro negocio deja de sonar, y es ahí donde logro reconocer una melodía que intenta abrirse paso entre tanto ruido, esta llega a mis oídos y de inmediato me empuja hacia el pasado.

Ahora recuerdo cuando mi abuelo prendía la grabadora y justo en ese momento se empezaba a repetir un coro que quedaría guardado para siempre en mi memoria. Hoy, muchos años después, frente a este Río que no se queda quieto, su letra atraviesa mi corazón de lado a lado y la única opción que tengo es tararear su letra: quisiera que mi vida regresara hacia el pasado, tener veinte años menos y volverte a conocer, de eso yo estoy seguro y nunca lo he dudado, te pediría de nuevo que fueras mi mujer. Vivir otros veinte años como los que ya pasaron, con tantos sin sabores de nostalgia y de placer, volver a contentarnos si hemos estado bravos, amarnos tiernamente hasta nuestra vejez. Hace más de veinte años conocí esta canción y hasta ahora me doy cuenta de que me la sé de memoria.

Estar con mi abuela estos dos días me ha llevado a preguntarme cosas que jamás habían pasado por mi cabeza: ¿y si yo la escogí a ella a pesar de no ser un N.N.? Por más que me niegue a esa pregunta, sigue dando vueltas en mi cabeza. Ella tuvo una muerte digna, se realizó un funeral, hubo misa, lágrimas, música, novenas. No tendría por qué ser una escogida. Ella conserva su nombre después de muerta.

Ahora es otra la cuestión que me inquieta, ¿y qué tal si fuera al revés y, en este caso, yo fui el escogido por ella desde mi nacimiento para acompañarle en su muerte?, ¿los muertos pueden escoger a sus vivos?

Creo que ya lo estoy entendiendo, ella me escogió para acompañarla en su muerte, pero ¿qué quería enseñarme con esto?

Por ahora, para mí solo hay una cosa clara: la abuela tuvo dos muertes: una de ellas ocurrió una noche en el hospital, la otra fue el tormento de varios años. En la primera, su corazón dejó de latir; en la segunda, su mente se fue fragmentando de manera tal que no hubo forma de volver a unir sus pedazos. Me imagino que por eso ella pidió ser cremada, su objetivo

siempre fue materializar lo que estaba ocurriendo con su memoria y, en definitiva, creo que lo logró.

La música vuelve a ser lo de hace un rato y ya no se identifican canciones. Una muchacha me trae el refajo, tiene mucho hielo y, mientras lo bebo, me concentro en las personas que están en otras mesas terminando de almorzar; incluso, veo a los niños que hace un rato apostaban por quién sería el primero en llegar a la mitad del Río comprando una gaseosa grande para compartir entre ellos. Me alegro enormemente al saber que la competencia no terminó en tragedia. Ni los niños ni los demás comensales han notado que tengo una urna de cenizas en la mesa. La mesera tampoco ha preguntado. No creo que sea muy común que la gente vaya a almorzar con los restos de sus parientes, pero no me siento extraño. La bebida está deliciosa y es perfecta para el calor que está haciendo en este momento.

Qué delicia este refajo, abuelita. Me acuerdo de que en la casa no me dejabas tomar mucho que porque tenía licor y yo estaba niño. Cuando lo preparabas, siempre estuve atento a la cantidad precisa para hacerlo después yo solo. Creo que por cada dos gaseosas era una cerveza. El hielo era fundamental, sobre todo porque las botellas nunca estaban lo suficientemente frías y, al verter el líquido en la jarra, se calentaba muy rápido. Era la mejor sobremesa para los almuerzos con pescado que hacíamos en familia.

Me acuerdo de que cuando la jarra no era suficiente por la cantidad de refajo que había que hacer, tenías que sacar una de las vasijas de totuma que en algún momento se te ocurrió hacer. Verdad, ¿quién habrá quedado con ese montón de recipientes que se hicieron para la casa? Demás que tú tampoco te acuerdas.

¿Recuerdas, abuelita, lo que hacíamos con las totumas cuando ya había muchas en el árbol? Yo particularmente me acuerdo de un solo día. Esa vez me levantaste muy temprano porque había mucho por hacer. Cuando salí de la habitación, mi tío ya estaba bajando con un palo los totumos del árbol y tú estabas buscando en la cocina unas cucharas para trabajar. Yo no entendía muy bien qué había que hacer, pero estaba en vacaciones y debía encontrar la forma de entretenerme.

El proceso parecía sencillo, vamos a recordarlo juntos: primero había que bajar el fruto del árbol, luego marcar una circunferencia perfecta con ayuda de una cabuya y un marcador, después con una pequeña sierra, que no me dejabas usar, se hacía un pequeño corte por el mismo sitio por el que había pasado el marcador, había que tener especial cuidado de no hacerlo muy profundo porque el objetivo era solo reforzar la guía. Cuando la circunferencia quedaba marcada por la sierra, con un machete más afilado se atravesaba de lado a lado para obtener dos partes iguales. ¿Qué seguía ahí, abuelita? Dime.

Recuerda que en ese momento comenzaba mi labor principal, la cual era muy importante: con una cuchara debía empezar a sacar todo lo que había adentro de la totuma, tú le decías «tripa». Después de mucho raspar con la cuchara y de verificar que lo que se raspaba ya estuviera seco, los recipientes se ponían al sol para que terminaran de secarse. Para finalizar el proceso, era muy importante que, con una piedra de amolar, se lijaran las partes por las que se había pasado el machete, nadie querría cortarse mientras se tomaba alguna cosa.

De esa manera hicimos vasijas muy pequeñas para tomar tinto o aguapanela, en otras más grandes se podía servir limonada, pero las que más te interesaban, y por las que me habías despertado tan temprano, eran las que iban a acumular el refajo. Me acuerdo de que, cuando el sol terminaba de hacer su trabajo, me mandabas a comprar el hielo porque querías ensayar las totumas más grandes, obviamente con un refajo. Mientras yo traía el mandado tú ibas mezclando las cervezas con las gaseosas. Cuando yo llegaba, me decías que partiera el hielo con una piedra de amolar y lo fuera echando en la bebida. Me servías poquito para no irme a emborrachar y mientras tomaba me felicitabas por el trabajo hecho.

Qué buenos recuerdos, abuelita.

Ya bajó un poco el sol, pero no el calor. Debo acabar el vaso de refajo antes de que se ponga caliente. Mientras le doy los últimos sorbos, miro a un señor que hace rato está pescando en la orilla con una caña. Nota cómo recoge el hilo, luego hace un movimiento raro y lanza el anzuelo lo

más lejos que puede. Pienso en la cantidad de rituales que hacemos las personas todos los días. Desde el momento en que despertamos, todo es una rutina que se hace de memoria. Se repite una y otra vez. No quiero ni pensar la frustración que habrá sentido la abuela en el momento en que sus prácticas se empezaron a enredar, producto de su enfermedad.

Soy un cúmulo de dudas. No sé si quedarme otro día, si hacer el recorrido en la canoa y, si lo hago, no sé si hacerlo solo o con la abuela: qué tal que nos volteemos y pierda el cofre.

No tengo respuesta para ninguna de las preguntas. Veo los cubos de hielo que quedaron al fondo de este vaso y, mientras se van derritiendo, noto cómo el agua va cogiendo un leve tono naranja. Probarlos también es no poder responder si es agua con un leve sabor a gaseosa o gaseosa que su sabor tiende a ser el del agua.

Ahora bien, si en este momento lanzo el cofre al Río y a alguien se le ocurre sacarlo para una orilla, ¿la abuela pasaría a ser N.N.? Creo que, por ahora, es muy importante quedarme con las cenizas. No puedo tomar ese tipo de riesgos.

—Caballero, son cuarenta mil pesos. Solo recibimos efectivo. Ah, sí, ese señor que acabó de llegar allá le puede ayudar con lo del recorrido por el Río.

VIII

Qué distintos son los preparativos de los viajes. Cuando nos íbamos a ir para donde la abuela, casi siempre se hacía lo mismo. Organizar la maleta tenía su mística, había que hacerlo un día antes y, por lo regular, en la noche.

Comenzaba por empacar la ropa desde las prendas superiores hasta las inferiores, por eso casi nunca se me quedaba nada. Para mí era fundamental escoger primero la ropa que me iba a poner al otro día para el viaje: casi siempre era una sudadera y una camiseta deportiva. ¿Qué cosa no se me podía quedar? Las chanclas: andar descalzo es horrible y más en ese calor.

Cuando terminaba, no cerraba el bolso del todo, normalmente había que guardar algo a última hora: el cepillo de dientes, una toalla, unas pastillas, algo importante.

Cuando la maleta quedaba lista, era el momento de ir a la tienda: el mecato era indispensable, pues el viaje era largo como para no comer nada en el camino. Lo normal era llevar papas naturales, galletas Wafer, o una tortica que no soltara muchas migas; a mi mamá le daba vergüenza dar la cara cuando yo hacía un reguero, por eso, entre menos líquido llevara era mejor. Para tomar solo podía comprar una cajita de jugo. Eso era suficiente.

Por la alarma no me preocupaba, mi mamá se encargaba de despertarme en la mañana, igual creo que no había necesidad de que lo hiciera: dormir la noche anterior se hacía imposible. Yo lo llamaba ansiedad pre-viaje: el solo hecho de saber que en un rato estaría mirando por la ventana de un bus rumbo al pueblo de mis abuelos era suficiente para desvelarme. Por eso, al otro día me levantaba de la cama sin poner problema.

Cuando me organizaba, tenía presente que no se me podía quedar el reloj. Nadie me preguntaba la hora, pero me gustaba ver que mi muñeca derecha estuviera adornada por algo distinto a una pulsera. Todavía es así, pero ahora sí me preguntan de vez en cuando la hora. El taxi que nos

llevaba a la terminal era el de un vecino, excepto aquella vez en la que él amaneció enfermo y nos tocó irnos en otro carro: ese día no me sentía nada cómodo, algo malo presentía, pero no se lo dije a mi mamá y ahora me arrepiento; de decírselo, no hubiera dejado la bolsa de mecate adentro cuando nos bajamos: lloré mucho, mi mamá no quiso comprar más y fue de los viajes más insípidos que tuve.

—Súbase con cuidado, no se mueva mucho. Camine con las piernas semiabiertas. No, mejor intente arrastrar los pies. Que no haga movimientos bruscos, ¿sí me está escuchando? Usted no es de por acá, ¿cierto? Acomódese en esa tabla, hágase más para la mitad, ¿quiere mirar para adelante o para atrás? Yo creo que nos va a tocar conseguir otra persona, con usted solo nos vamos a voltear. Se me olvidó desamarrar la canoa. Espérese. Quédese quieto. ¿Qué es lo que va a hacer con ese cofre? ¿Quién hizo este nudo? Deme permiso yo paso para atrás. Cuando le dé la señal, se impulsa de esa lancha, pero ojo se va al Río. Tenemos que salir de aquí y este motor no tiene reversa. ¿Cuál es que es el recorrido que quiere hacer?

Hace muchos años no me subo a una canoa y este señor no deja de ponerme nervioso con tantas órdenes que me da. Además, está borracho. Noto que no tiene chaleco salvavidas ni para él ni para mí y empiezo a pensar que quizás era mejor haber abordado una de las lanchas de turistas, pero el recorrido que quiero hacer no lo hacen ellas y mejor me acomodo en la tabla.

Cuando nos impulso hacia atrás y me vuelvo a acomodar, noto que la canoa está desnivelada, pero no tengo hacia dónde más moverme. No es mi culpa, el señor está muy gordo y, como va sentado a un lado en la parte de atrás, es él quien produce la inclinación. Mis kilos, que no son tantos, no tienen cómo compensarlo, se me ocurre que la abuela puede ayudar a nivelarnos, pero está muerta, se volvió cenizas para entrar en este cofre y el único peso que hay en sus restos es el sentimental. Y ese no sirve para nada. Lastimosamente, ella no nos puede ayudar, solo me resta creer en la habilidad del piloto, que seguro no debe ser poca, aun estando borracho.

El empujón fue suficiente: nos dio para alejarnos de la orilla. Voy mirando hacia el frente. Quiero descargar el cofre en el suelo, pero hay un

charco de agua justo a mis pies. No es que la canoa esté rota, seguro en la mañana salió de faena y el chinchorro dejó rastros del Río o quizás son huellas del aguacero de la noche anterior.

Noto que en la parte de adelante hay un tarro cortado a la mitad, sé exactamente lo que hay que hacer para sacar el agua de ahí, pero no me quiero mover más que lo necesario, esto va muy torcido y, aunque sé nadar, todavía recuerdo las palabras de la abuela sobre meterse al Río.

No han pasado ni treinta segundos desde que arrancamos y el señor ya está preguntándome de nuevo qué es lo que voy a hacer con el cofre. No sé cómo explicárselo y, ante mi silencio, me pregunta hacia dónde nos dirigimos: yo, por ahora, le pido que vaya Río arriba, hacia el puente grande.

Viajando contracorriente es evidente cuánta fuerza debe hacer el pequeño motor de la canoa para movernos. Por momentos parece que estamos quietos, que no avanzamos, pero no es más que el efecto de ir sobre el Río en dirección contraria. A lo lejos veo de nuevo la casa de la abuela y alzo un poco el cofre para que ella también la mire. Cuando retomo mi atención hacia el frente, observo algo particular: no sé si es la canoa la que se abre paso en el Río o es Él quien se aparta ante nosotros para dejarnos avanzar de a poquitos. Con mi mano izquierda, sin ser brusco, intento tocar el agua, pero el señor me regaña diciéndome que nos vamos a voltear, que no haga ese tipo de movimientos. Es verdad, la canoa es pequeña y él está borracho: por más que quiera, no puedo confiar en sus habilidades en estas aguas tan traicioneras.

Estando tan cerca del agua, pienso que definitivamente no es lo mismo ir sobre el Río que estar a un lado de él: lo que lo rodea es, por momentos, más llamativo que la misma corriente. El puente que hace un rato se veía diminuto desde la orilla en el puerto, ahora se ve imponente ante nuestra presencia. Comenzamos a cruzarlo por debajo y pienso en lo poco usual que es esta escena, pues lo normal es que se use el puente para cruzar el Río y no al revés; a propósito de eso, más de una vez soñé que, mientras lo cruzaba, este se iba derrumbando por pedazos, mientras yo me preparaba para una caída libre de muchos metros, pero justo antes de golpear el agua, me despertaba. Es imposible para mí evitar ese recuerdo y siento un poco de miedo.

Mientras cruzamos el puente, me llama la atención su estructura, sobre todo que en las columnas hay una superficie tan grande en la que tranquilamente una persona se puede acostar sin peligro de caerse.

Mi imaginación nunca había llegado hasta ese punto y por momentos me olvido del Río. El conductor me devuelve a la realidad de la canoa diciéndome que, si ese puente hablara, muchos serían sus testimonios de los muertos que alguna vez lanzaron desde allá arriba; luego recuerdo la historia que me contó la señora en el cementerio y me dan ganas de preguntarle más sobre su comentario.

Me fijo en el agua de nuevo y veo un montón de remolinos pequeños que se van produciendo con el encuentro de la corriente que se rompe al pasar por una de las columnas. Me acuerdo de que mi abuela les decía cantos, ella también contaba que por más de que alguien supiera nadar, era imposible sobrevivir a uno de ellos. Quizás por eso lanzaban cuerpos desde arriba: si alguno aún estaba vivo y sobrevivía después de la caída, era imposible que no muriera al sumergirse en este punto del Río.

Cuando terminamos de cruzar el puente, le pido al señor que dé la vuelta y se ponga en la misma dirección del cauce y con la canoa lo más derecha posible a pesar de la inclinación. En el momento en que termina de hacer el giro, le pregunto qué tan peligroso puede ser apagar el motor y él levanta sus hombros mientras que, con el rostro, hace un gesto que confirma que no hay riesgo. Yo solo quiero que la corriente nos arrastre Río abajo, a su propio ritmo, como si fuéramos un tronco que viene bajando en una creciente o un cuerpo que más arriba fue lanzado al agua y después de varios días empezó a flotar.

Empezamos a movernos con el motor apagado y me doy cuenta de que la velocidad no es mucha; además, lo único que hace posible sabernos en movimiento es lo de afuera: los árboles, las casas, lo que descansa en la orilla.

Así que esto es lo que sentirías si decido soltarte en este punto del Río, abuelita.

En menos de nada, otra vez estamos pasando al frente de la orilla de la que hace un rato salimos. Las olas que deja una lancha con turistas que pasa cerca hacen que nuestra embarcación se mueva de manera brusca y, ante nuestra inclinación, el miedo vuelve a recorrer mi cuerpo.

El canoero me pregunta hasta cuándo debe tener el motor apagado, pienso que está molesto, pero al girarme para verlo a los ojos no se nota incómodo: quizás sea porque el precio de lo que me está cobrando no es nada bajo en comparación con el que pagaría un turista en una lancha como la que recién pasó por aquí. Le digo que un rato más y que disculpe mis peticiones tan particulares.

A medida que nos dejamos llevar por la corriente, las casas empiezan a verse cada vez menos y la vegetación ahora es lo que prima a lado y lado. A esta hora ya no hay pescadores, a pesar de que el sol ya no está tan fuerte como al mediodía.

Cuando dejamos de ver edificaciones, le pido al conductor que nuevamente encienda el motor y que nos lleve otra vez al puente en el que estuvimos hace un rato. Creo que él no comprende mis peticiones, pero no dice nada, de un jalón vuelve a darle vida al motor, da un giro en u y de nuevo empezamos a subir por el Río.

Otra vez vamos contracorriente, ya no me fijo en lo que nos rodea, el cofre sigue en mis manos, el charco de agua todavía moja mis zapatos. Por más que vayamos en contravía del cauce, el agua no se ve venir hacia nosotros, no es lo mismo cuando conduzco el carro y logro percibir cómo la carretera viene mientras yo voy.

Entretanto, llegamos al puente, le pido al señor que me cuente un poco más sobre lo que dijo hace un momento y él, de manera muy tranquila, baja un poco la potencia del motor para que lo pueda escuchar bien y comienza a hablar.

Hace muchos años, cuando comencé a dedicarme a la pesca, hacíamos bastantes salidas en las mañanas. Por ese entonces ya comenzaba a hablarse de lo peligroso que era habitar algunas de las fincas del pueblo, así que mejor me puse a pescar.

Algunos compañeros hablaban de cuerpos que se encontraban flotando en el Río ya hinchados de lo podridos que estaba por dentro, también contaban lo complicado que era sacarlos sin desmembrarlos. Desde que empecé a escuchar las historias estuve muy atento a ver qué encontraba en el agua flotando, no por un asunto de morbo; pues mis compañeros decían que encontrarse uno de esos cuerpos era tener la oportunidad de escogerlo para pedirle algún milagro.

En cada faena de pesca iba pendiente de todo lo que bajara por el Río, pero nunca encontré nada, creo que fui de los poquitos que no tuvo esa suerte. Yo sé que usted debe creer que es un poco cruel pensar primero en mi beneficio a partir del milagro y no en la muerte de esa persona, pero es que todos tenemos necesidades y la más mínima oportunidad no se puede desaprovechar.

Una mañana, mientras ayudaba a un compañero a recoger el chinchorro, noté algo extraño que estaba en un pedazo de la red, cuando me acerqué vi que era un brazo humano que había sido cortado un poco más arriba del codo. Lo primero que pasó por mi mente fue mirar si en otras partes del chinchorro había más restos, pero no. Este fue el único que encontramos.

Cuando lo jugamos notamos que en uno de sus dedos había una argolla de matrimonio. Pensamos en llevarlo hasta la morgue, pero creímos que no serviría de mucho hacerlo sabiendo que no iban a poder identificarlo, fue por eso que no le dijimos nada a nadie y nos fuimos a una de las orillas, Río abajo, y comenzamos a cavar un hueco para darle cristiana sepultura.

Mi compañero también sabía lo que significaba encontrar un cadáver en el Río, por eso le dije que este milagro lo podíamos compartir entre los dos. No le sacamos el anillo, lo enterramos con él, hicimos una oración por su esposa que seguro lo estaría buscando en algún lugar y deseamos que el resto del cuerpo estuviera completo en caso de que alguien lo llegase a encontrar.

Tiempo después, cuando nuestras peticiones comenzaron a hacerse realidad, fuimos al mismo sitio donde lo enterramos y le organizamos una pequeña tumba como agradecimiento a sus milagros, le pusimos un nombre y una fecha de muerte. Desde ese día y por mucho tiempo no lo desamparamos: flores, agua y compañía son cosas que no le faltaron hasta la noche en que mi amigo murió en un accidente mientras manejaba borracho una moto.

Ahora yo voy cada vez menos a ver su tumba, el trabajo no me deja y la situación económica es difícil para echarle gasolina a este motor solo para ir a visitarlo a él; eso sí, cuando la situación estuvo bien, los lunes no podía faltarle su misa en el cementerio. Ahora es muy de vez en cuando

que puedo ir a verlo, es más, si usted quiere, ahora vamos para que lo conozca.

Han sido muchos los muertos que se han encontrado en este Río y sus alrededores. Algunos fueron lanzados desde casas de pique, otros desde canoas y unos cuantos más del puente al que usted quiere ir por segunda vez. Unos estaban completos, otros por partes, hasta dicen que los peces se comieron a más de uno. Yo me imagino que los caimanes y babillas que habitan abajo en la ciénaga se dieron más de una vez un festín con los cuerpos que no alcanzamos a sacar en esta parte del Río.

Por mucho tiempo el pueblito fue el centro de esta guerra de hace años, pero eso no significa que todos los escogidos hayan sido asesinados aquí. Lo que sí le puedo asegurar es que más de una persona, así como yo, después de todo este tiempo, todavía tiene alguna promesa por cumplirle a un muerto a cambio de un milagro que este le realizó.

Cuando termino de escuchar su historia, algo no deja de dar vueltas en mi mente, pienso en la coincidencia que hay entre esas historias donde las personas toman muertos ajenos y lo que yo vine a hacer aquí, a este pueblo, precisamente con un cuerpo que no es el mío. La única diferencia es que, por un lado, yo no le estoy pidiendo ningún favor a mi abuela y, por otro, a ella no la mataron ni la encontraron flotando en el Río.

Ya casi vamos llegando al puente, pero esta vez le pido al señor que siga derecho unos metros más y luego vuelva a hacer la misma maniobra de hace un rato. Cuando la termina y otra vez estamos a merced de la corriente, tomo el cofre en mis manos y lo abro con mucho cuidado. Al descubrir lo que hay adentro, me doy cuenta de que es la primera vez que hago esto desde que me lo entregaron hace dos días y es una sorpresa para mí ver en lo que se ha convertido la abuela.

¿Qué haces, abuelita, convertida en este montón de polvo?, ¿estás cómoda ahí, en esa bolsa, con este calor?, ¿era eso lo que querías antes de morir? No sé por qué me dejaste esta tarea a mí, te juro que no ha sido nada fácil. Hace unos días me estabas sonriendo mientras me decías lo mucho que anhelabas volver a tu lugar y ahora esa sonrisa se ha convertido en un pequeño cofre que cargo para todas partes y que, además, no me dice nada.

¿Qué tanto puede un cuerpo? No sé, pero las cenizas no arreglan pescado, no persiguen niños, no raspan totumas, no barren patios, no recogen hojas secas, ni hacen jugo de guanábana, de mango o de guayaba; no pueden fritar bocachicos, aplastar patacones, montar a caballo y menos sembrar yuca y plátano.

Por más que sean las cenizas de mi abuela, ellas no pueden hacer lo mismo que hacía su cuerpo en vida, ¿o tal vez sí? Si la memoria pudiera materializarse en algo más que un símbolo, como este que llevo en mis manos, mi abuela estaría haciendo todo eso en este preciso instante, pero el tiempo, al igual que la corriente del Río, no pueden devolverse por donde ya pasaron; por eso, lo único que ahora se conserva de ella no es más que un montoncito de escombros, que no pueden hacer más que permanecer en un lugar, para que quien los vea y reconozca recuerde lo que en algún momento fueron: como lo que queda después de un terremoto, un derrumbe, una avalancha o la cremación de un cadáver.

—Señor, encienda el motor, por favor. Vamos a ver la tumba de la que me estaba contando hace un rato.

IX

Bajarse de una canoa es mucho más complejo que de un bus. Cuando llegábamos al pueblo después de casi tres horas de viaje, solo había que poner cuidado en no pisar en falso alguno de los escalones, porque la caída era alta. A pesar de lo angosta de la salida, podía poner mis manos en cada una de las barras que estaban a los lados para que nosotros, los pasajeros, nos impulsáramos al subir o nos recargáramos al bajar. Siempre me gustaba saltar el último escalón: cuando se es niño las rodillas no sufren tanto estos golpes.

Ahora me debo bajar de esta canoa y no cuento con escalones, menos con barras para sostenerme. En mis manos llevo un cofre que por momentos hace que pierda en el equilibrio.

A diferencia del bus, aquí debajo no hay suelo, es decir, no hay firmeza, hay agua y esta no se queda quieta, por eso la canoa se está moviendo constantemente de lado a lado y los movimientos que hago entorpecen más el descenso.

El señor solo se ríe ante mi impericia y yo, de puro orgullo, hago un salto con los dos pies, para intentar alcanzar la orilla, desde la punta de la canoa. Aterrizo afuera, pero mis zapatos se entierran en el suelo. Está bastante húmedo y, como llovió el día anterior, el pantano es el protagonista. Si él me hubiera dicho dónde caer en vez de reírse, las cosas hubieran sido distintas.

El señor me sigue, se baja sin saltar y donde él pisa no hay tanto pantano. Como puedo, desentierro mis pies y lo acompaño a amarrar la canoa a un pequeño tronco que sobresale del suelo. Después de unos metros caminando por entre la selva, nos encontramos algo muy similar a las tumbas que hace un rato vi en el cementerio, la única diferencia es que esta es mucho más pequeña. De la tierra sobresale una cruz de color blanco; delante de ella, hay una pequeña loza de cemento adornada por un pedazo grande de cerámica. Encima hay una placa metálica no muy grande en la que se puede leer «Gracias por el milagro recibido» y unos números que deben ser los de la nueva fecha de fallecimiento.

Después de mirar a detalle todo lo que rodea a la pequeña tumba, descargo el cofre con las cenizas a un lado de la cruz. Hay muchos restos de velas, pero lo que más me llama la atención es un librito que está dentro de una bolsa, como protegido del agua. No tengo necesidad de preguntar de qué trata, pues en ese momento el señor se agacha, recoge la bolsa, saca el libro y lo pone en mis manos. En la portada se puede leer de manera clara: *Novena al ánima sola*. Ahora estoy entendiendo, vamos a hacer una oración.

Cuando voy a devolverle el libro para que él comience el ritual, me pide que sea yo el que lea la novena. Antes de empezar, hace hincapié en que tengo que hacerlo con mucha fe: primero por todas las ánimas del purgatorio y, luego, por las dos que se encuentran al frente de nosotros.

Ánimas del Purgatorio, quién las pudiera aliviar, que Dios las saque de penas y las lleve a descansar.

Termino de leer la novena, vuelvo a meter el libro a la bolsa y, antes de levantar el cofre de nuevo, el señor me pregunta si quiero que me abra un espacio para dejar aquí las cenizas. Él no tiene ni idea de lo que vine a hacer al pueblo, pero verme hablando hace un rato con la abuela en la canoa fue suficiente para imaginárselo. Ante mi respuesta negativa, me dice que lo piense, que podemos hacer otro hueco para ella, justo al lado de donde está el brazo y que, además, si dejo el cofre en este lugar, nadie más lo va a saber; su amigo murió hace varios años y la única persona distinta a él que sabe y sabrá de esto soy yo.

Su propuesta es tentadora: mi abuela estaría acompañada, cerca del Río y yo podría venir a visitarla cada que quiera; sin embargo, no logro convencerme. Ella pidió algo muy específico y no le voy a fallar; además, yo tampoco estoy listo para soltarla.

El canoero me pide que lo deje solo un rato y me entrega el cofre con mi abuela, es la primera persona distinta a mí que lo toca, pero esto me tiene sin cuidado, el me confió su secreto, cómo no voy a permitirselo.

Cuando me alejo un poco de la tumba, veo que él se arrodilla, cierra sus ojos y comienza a murmurar. No entiendo lo que dice, pero seguro le está pidiendo alguna cosa o agradeciéndole por otra.

Verlo en esa posición me hace pensar en lo difícil que es soltar y la forma en como la vida se encarga de mostrárnoslo todos los días en

hechos tan comunes: cuando somos niños y nos llevan por primera vez a la escuela es casi imposible despedirnos de mamá sin lágrimas; renunciar a un trabajo es difícil por más necesario que sea irse; terminar una relación que no va para ningún lado es complejo, aunque sea evidente que hay que cerrar el ciclo; botar unos tenis, una camiseta o un par de jeans; vender un vehículo o irse de un lugar en el que se está cómodo. El apego nace con nosotros y no es suficiente con cortarnos el cordón umbilical.

Cuando el canoero termina de hacer su oración, me dice que no demora en empezar el atardecer: normalmente los arreboles por esta época del año son muy bellos, además, cuenta que le gusta estar temprano en la casa para verlos con su nieta. Yo entiendo que ya se quiere ir, por eso lo invito a subirnos de nuevo a la canoa. Esta vez no recibo ninguna instrucción por más que esté caminando mal o se esté tambaleando la embarcación. Su amabilidad no es porque lo esté haciendo mejor que hace un rato, sospecho que es debido a que ya hay algo en común entre él y yo, y ese algo no solo pertenece a este mundo, también es parte del más allá: aquí están en forma de brazo y cenizas y allá son dos almas compartiendo sus penas.

—Vámonos ya para la orilla, mi señor.

X

Hoy mi abuela me va a enseñar algo nuevo.

Cuando estaba en la casa de la abuela era normal que algunas mañanas pasara un helicóptero volando muy bajito, en ese momento yo aprovechaba para mover mi mano de lado a lado como si alguien me estuviera viendo desde allá; pensaba que los helicópteros, al igual que los carros y las motos, podían hacer sonar su bocina y así saludarme. Eso nunca pasó y fue cuando me hice más grande que dejé de hacerlo. En otras ocasiones también se escuchaban aviones de la fuerza aérea volar y, ante su estridente sonido, lo único que se me ocurría hacer era esconderme, porque pensaba que algo malo iba a suceder. Mi abuela siempre se reía si me veía saludar a los helicópteros que iban pasando o buscando un lugar seguro para escapar del sonido de los cazas.

—Ay, este muchacho.

Un día, mientras ella estaba sentada contemplando el Río, fui a preguntarle algo y en ese momento me llamó la atención una lancha que iba pasando justo en frente de nosotros; su velocidad, que no era poca, llamó tanto mi atención que empecé a volear la mano para saludar al conductor o a los ocupantes de la embarcación, pero esta tampoco hizo sonar su bocina y antes de que me sintiera mal por el suceso, mi abuela me dijo que entrara a la casa y trajera un charol de los de metal porque quería enseñarme un truco.

Cuando salí, ella me estaba esperando de pie. Yo tenía mucha curiosidad por lo que me iba a mostrar. Me pidió el charol y lo levantó con sus dos manos, como buscando una posición precisa para apuntar hacia el cielo, en ese momento entendí lo que quería hacer: el plan era que la luz del sol creara un reflejo que llamara la atención de las lanchas que estaban estacionadas en la otra orilla, como cuando un espejo al que le da luz encandila si se le mira de frente.

Lo mágico sucedió justo después: del frente empezaron a hacer exactamente lo mismo con un objeto metálico, nos encandilaban con algo y mi abuela, en vez de quitarse, empezó a comunicarse de esa manera con una de las personas que estaba allá. Cuando menos lo esperábamos,

una de las lanchas empezó a dar reversa para salir del muelle y en menos de nada vimos cómo emprendió su viaje en dirección hacia nosotros. Mi abuela dejó de hacer movimientos con el charol. Al cabo de unos minutos, a nuestra orilla, llegó una lancha inmensa de color azul. No lo podía creer: el mismo objeto en el que se acomodan vasos y platos había servido para llamar a una chalupa. El conductor me invitó a subir y durante varios minutos fui el niño más feliz del mundo simulando que conducía un barco por el Río.

Llegamos muy rápido a la orilla de la cual habíamos salido hace un rato. No sé si esta vez el canoero aceleró más el motor o si, al igual que en otras ocasiones, el viaje de regreso se sintió más corto.

Para mi sorpresa y la de él, en este descenso tuve más pericia para bajarme de la canoa que la última vez, tanta que lo hice con el cofre en las manos y sin tambalarme ni una sola vez: de un solo salto ya estaba en terreno firme. Después de amarrar la canoa y tapar el motor para protegerlo del agua, a pesar de estar en ella, me despedí del señor, no sin antes pagar por su servicio. Él también me agradeció por el rato y me deseó mucha suerte con lo de las cenizas.

Permanezco un rato de pie e inmóvil frente al río, analizo su cauce y pienso en todo lo que ha sucedido desde que llegué al pueblo. Ayer, justo a esta misma hora, estaba buscando refugio dentro de la casa, porque la lluvia parecía que no fuera a acabarse nunca y ahora es el calor el que me invita a lanzarme al Río para refrescarme un poco. El bochorno de la tarde es quizás peor que el del mediodía. No sé si es que ya no huele a calor o mi nariz se acostumbró a ese aroma. No puedo detener el sudor de mis brazos. Un zancudo intenta alimentarse de mí, pero antes de que inserte su aguijón le lanzo una palmada, no pude matarlo, pero al menos lo espanté.

No sé qué hacer. Pensé que mi estadía en el pueblo iba a ser de unas pocas horas y ya voy para la segunda noche aquí. Eso de cumplir promesas no va a ser lo mío.

El atardecer tiene muy buena pinta, todavía quedan un par de horas antes de que la noche se vuelva protagonista. Menos mal ya le bajaron el volumen a la música que hace un rato no podía identificar.

Es posible que este sea mi último atardecer frente al Río. ¿Mi abuela también habrá sido consciente de eso antes de irse de su casa? Los zancudos se pusieron de acuerdo para salir todos a esta hora, odio cuando pasan cerca a mi oído y su zumbido hace que mi piel se erice. Soy pésimo para matar mosquitos, por eso ni lo intento.

Noto que en el cielo se está dibujando un arrebol hermoso, pero este no hace que el Río se vea color naranja: no sé si el Río decide lo que se proyecta en sus aguas o es el cielo el que se guarda los atardeceres para reflejarlos solo en el mar.

Abuelita, míranos aquí: al frente del Río casi a la misma hora que estuvimos ayer, pero al otro lado. Nuestra ubicación no es lo único que ha cambiado. Hoy no hay esperanzas de lluvia, el calor se está haciendo insoportable. No hay brisa, seguro los árboles del frente se la llevan toda. Nuestro viaje va llegando a su final, abuelita. Fuiste tú quien decidió traernos a tu pueblo y debo ser yo el que decida el momento en que debemos abandonarlo. Me gustaría que me hablaras, que me dijeras cómo te ha parecido lo que hemos vivido de ayer a hoy, si lo has disfrutado, si ha valido la pena regresar después de tanto tiempo.

He intentado, abuelita, hacer que recuerdes muchas de las cosas que dejaste cuando partiste: estar cerca del Río, navegarlo, compartir una misa con tu viejo, dormir en tu casa. Creo que no hay más nada por hacer. Hay que volver por las cosas y abandonar este lugar. Camine, abuela, nos espera un largo recorrido.

Decido volver a la casa antes de que oscurezca; no iré en el carro, lo dejaré aquí estacionado, quiero caminar una última vez con ella y así, quizás, prolongar un poco más nuestra estadía en el pueblo. Quisiera que el ocaso fuera más tarde, pero por esta época del año se oscurece muy rápido, como si el cielo supiera que por estos días habría una promesa que cumplir y su deber era apresurar su cumplimiento.

Saliendo por una de las calles que conecta el puerto con el centro, y al doblar en la esquina a mano izquierda, me encuentro con una calle en la que todos los balcones están enmallados y un montón de muñecos, al mejor estilo de los espantapájaros, intentan ahuyentar lo que, al parecer,

son una cantidad innumerable de golondrinas. Según una señora a quien le pregunto, todos los días a la misma hora vuelan en círculos sobre esta cuadra buscando sus nidos para pasar la noche: algunos en los cables de la electricidad y otros en los balcones que no han sido tapados. Cuando paso por este lugar noto que el piso está blanco por su excremento y ninguna persona, salvo yo, se atreve a caminar por allí sin una sombrilla o un poncho que los proteja de alguna cagada. El poncho es quizás la prenda de vestir más versátil que haya en este pueblo: protege del sol, de la lluvia, espanta zancudos, sirve de abanico, seca el sudor y hasta evita cagadas de pájaro; creo que si lo primero que hubiera hecho ayer al llegar era comprar un poncho, seguro ya estuviera resuelto lo que me tiene caminando a esta hora hacia la casa de mi abuela.

64

Cuando era pequeño mi mamá solía decirme que con las aves podían pronosticarse algunas cosas como la lluvia o la muerte. Me resultaba particular que por un lado mi abuela me enseñara a leer el Río y mi madre a interpretar el vuelo o canto de las aves. Ahora no tengo ni la más mínima idea de qué quiera decir la presencia de este montón de pájaros en esta calle del pueblo, pero estoy seguro que nada tiene que ver conmigo.

Dejo los pájaros atrás y me enfoco en caminar hacia el parque principal, allí está la iglesia y quiero que mi abuela le dé un último vistazo antes de irnos. Mientras voy pasando las diferentes calles, percibo que las personas me miran con algo de incomodidad. Es cierto, no me he bañado, tengo la misma ropa de ayer, está muy sucia, mis zapatos empantanados y en mis manos llevo una urna donde se guardan cenizas. No les presto atención. Constantemente estoy mirando hacia el cielo para calcular cuánto me queda de luz. Aún es temprano, pero ante la ausencia de los rayos del sol que me quemaron al mediodía, desconfío de lo que el reloj, en mi mano derecha, me dice.

El caos a esta hora no es el mismo de ayer al momento de llegar. Cuando el día comienza a morir, el desespero de la gente también se ve diezmado, ahora todo transcurre más lento. Las tardes, normalmente se perciben depresivas y en este pueblo el crepúsculo da un tinte de nostalgia y un anhelo de soledad. Eso sí, el número de motos en la calle nunca disminuye y esquivarlas se ha vuelto mi mayor talento en este momento.

El parque se asoma en la esquina y con él una iglesia que parece

recién pintada; ya casi comienza la eucaristía, lo sé porque la gente que se aproxima a su entrada lo hace con paso acelerado. Me quedo de pie ante la puerta y decido no entrar: ya estuvimos en misa esta mañana y creo que no es necesario volver a escuchar el mismo sermón. Seguro mi abuela no coincide conmigo, pero ahora soy yo el que toma las decisiones.

De esta iglesia no tengo ningún recuerdo especial más que las tardes de domingo en las que me obligaban a venir. Eran sesenta minutos eternos en los cuales no dejaba de preguntarme el motivo por el cual había que ponerse tantas veces de pie, pensaba que era más práctico que todos estuviéramos parados y ya.

No hay más motivos para quedarme afuera de la iglesia, así que comienzo a caminar de nuevo por la misma acera, y mi siguiente objetivo es el puente por el que hace un rato cruzamos desde abajo, en la canoa. El puente aún está lejos, la idea es llegar cuando todavía haya luz para divisar desde ahí el arbol que se está dibujando en el cielo, quizás para cuando lo pasemos ya el Río haya decidido reflejar ese tono en sus aguas.

Creo que van diez cuadras, igual no hay pérdida; cuando ya no haya para donde más caminar, sé que debo girar a la izquierda para encontrarme a poco más de cien metros del inicio del puente. Al momento de hacer el giro, lo primero que se presenta ante mí es una estructura metálica que se ve a lo lejos. Es imponente. Ayer hice este mismo recorrido en el carro y no recuerdo haberme sorprendido tanto como hoy.

Acelero el paso. A medida que me voy acercando, la estructura se va haciendo más grande y me empiezo a llenar de nervios. En el momento en que llego a la entrada del puente pienso que esta quizás sea la última vez que lo cruce con mi abuela y dudo un poco en seguir mi camino; sin embargo, no puedo dejar que se haga de noche, todavía tengo que volver por el carro, es decir, hacer todo este mismo recorrido, pero de vuelta.

Dicen que el puente tiene casi un kilómetro de largo y cruzarlo caminando demora poco más de veinte minutos a buen ritmo. Al adentrarme en él veo que hay varios turistas que aprovechan la hora para tomarse fotos. El atardecer desde esa altura es maravilloso. Detenerse a mitad de camino es sufrir porque el puente tiembla cada que un vehículo pasa, y mirar hacia abajo es sentir unas ganas tremendas de tirarse al

agua: no por el calor ni por pensamientos suicidas, es una sensación que no puede explicarse, como si el Río te invitara a ser parte de él.

Al dirigir la mirada hacia la derecha, entiendo el motivo principal de los turistas al tomarse fotos allí: el atardecer está hermoso y lamento mucho que mi abuela no esté viva para presenciar semejante espectáculo. Quisiera permanecer mucho tiempo allí, pero debo llegar rápido al otro lado, en casa nos esperan.

Es extraña la sensación de cruzar el puente por debajo y luego por encima. Me pregunto si será la misma en caso de meterme al Río, hace poco anduve sobre Él en una canoa y dudo mucho que se sienta igual estar sumergido. Si mi abuela me hubiera dejado meter de niño, seguro tendría cómo comparar estas dos sensaciones.

El puente se termina y agradezco que no se haya partido a la mitad mientras lo cruzaba. Tomo el desvío hacia la izquierda y con cada paso que doy me hago más consciente de que todo terminará pronto. Caminar sobre pavimento es muy distinto que hacerlo sobre una calle que está destapada. El polvo se mete por entre de los zapatos y cada piedra que se pisa es un pequeño dolor en la planta de los pies. A pesar de la lluvia de ayer, la calle está igual que cuando llegué: como si no hubiera llovido en meses. El sol hizo lo suyo. Los billares están solos y cuando llego a la esquina me acuerdo de aquella vez, cuando era niño, que pasé corriendo, buscando a mi tío, y unos señores creyeron que había robado o hecho algo malo. Menos mal ya no están aquí. Son tantos años que me demoré para volver que ya nadie me recuerda.

A casi media cuadra de nuestro destino, sigo levantando el polvo y pateando una que otra piedra que se atraviesa; de una de las casas un gato sale y comienza a frotarse en mis pies al punto de no dejarme caminar más. Luego caigo en cuenta de que es el mismo animal que ayer me hizo frenar de repente, y sospecho que lo que quiere es pedirme disculpas por el susto que me hizo pasar. Me agacho, lo acaricio y, cuando este se voltea bocarriba para que sobe su panza, una explosión lo alerta y este vuelve a su hogar. Es el momento perfecto del día para quienes juegan tejo, teniendo en cuenta que ayer a esta misma hora ya estaba lloviendo a cántaros.

Comienzo a caminar de nuevo y, al llegar a la entrada, sigo derecho

para ingresar por otra parte, pero al alcanzar la otra puerta, esta posee un candado que ni intento abrir. Recuerdo que cuando era niño por este mismo lado solían meterse serpientes de todo tipo y, sin importar si eran venenosas o no, mi tío siempre las mataba.

Regreso hacia la puerta que hace un rato pasé y la fuerza para entrar. Cuando me acerco a la habitación en la que dormí la noche anterior, recuerdo que cuando me bajé del carro no tenía más que el cofre con las cenizas de mi abuela y su retrato. En realidad, no hay cosas por las que tuve que volver, salvo la foto que reposa todavía en el mesón donde la descargué ayer.

Bueno, abuelita. Va siendo la hora de irnos de aquí. Fue tu idea volver y me duele un poco que tenga que ser yo el que haya decidido el momento de irnos. El día se va a terminar y con él la ilusión de estar una vez más en tu pueblo, en tu casa, en tu Río, cerca de los tuyos.

Abuelita, ¿si tuvieras que pedirme un último favor qué sería?, dime. Hago lo que sea para que estés feliz. No te quedes callada. Mira que decidí volver al mismo lugar donde empezamos esta aventura porque ayer la lluvia no nos dejó disfrutar lo suficiente de estas aguas.

Mira, abuelita, ese sendero nos lleva directo al Río, aprovechemos que todavía está claro para acercarnos un poco más. Espera te acomodo bien para sostener tu retrato. No nos podemos demorar mucho porque se hace de noche y tenemos que volver al carro caminando y ya no hay suficiente sol para llamar a una lancha con el reflejo de un charol, tal como me enseñaste.

XI

No diga nada para que el niño no escuche. Sí, se murió ahorita. No pudimos hacer mucho por él. Cuando llegó estaba muy mal y no aguantó. Ya le dijimos a los familiares, ellos esperaban lo peor y no les tomó por sorpresa la noticia.

Mientras jugaba un videojuego en mi casa, a la edad de diez años, empecé a notar que mi ojo derecho tenía un pequeño destello azul que me impedía ver con claridad la pantalla del televisor; era como cuando se mira directamente a la luz, con la diferencia de que esto que tenía no se iba con el pasar de los minutos. Después de un tiempo recuperé mi vista, pero comencé a sentir cómo se dormía mi pie derecho, inicialmente en la planta y, luego, en la yema de los dedos. No le presté mucha atención porque ya estaba viendo bien y pude seguir con el juego que cada vez se ponía más interesante. Al cabo de un tiempo, el hormigueo de mi pie se trasladó a la zona de la pantorrilla y fue en ese momento que me empecé a asustar; salí de la habitación y le dije a mi mamá que se me estaba durmiendo un pie.

—Eso es que está mal sentado. Acomódese bien y verá que se le quita —dijo mi mamá sin quitarle los ojos al televisor de ella.

Volví a mi habitación, estiré ambos pies y seguí jugando, solo que esta vez el videojuego pasó a un segundo plano. Cada minuto me tocaba la pierna para verificar que hubiera vuelto a la normalidad, pero con sorpresa, el hormigueo cada vez iba subiendo más. Ya no tenía dormida la planta de mi pie, ni mi pantorrilla, ahora el hormigueo estaba concentrado en el muslo y el miedo comenzaba a apoderarse de mí. Salí de la habitación y volví al lugar donde se encontraba mi mamá. Esta vez no le dije que el hormigueo no se había ido.

—Ma, yo creo que se me está durmiendo medio cuerpo.

En ese momento mi mamá dejó de mirar el televisor y me miró con unos ojos que parecían que se le fueran a salir de la cara. Con su mano derecha palpó mi pierna y preguntó si sentía, pero ante mis negativas decidió llevarme al hospital.

Salimos de la casa, abordamos un taxi y nos dirigimos al hospital

de siempre: sí, ya había estado allá por una fisura de un codo, un golpe en la cabeza y una caída por las escaleras. En el camino, mi mamá constantemente me preguntaba cómo seguía y yo le decía que el hormigueo ya me iba subiendo por la mano y que mis piernas estaban bien. Cuando llegamos al hospital, ingresamos por la zona de urgencias y nos sentamos en la sala de espera. Años después me vine a enterar de que el mayor miedo de mi mamá esa noche fue que el hormigueo llegara al corazón y que este dejara de latir. Cuando por fin nos atendieron, yo tenía la mitad de la lengua entumecida, no podía hilar mis ideas y expresar lo que pasaba por mi mente se había vuelto imposible. Nos pasaron para una camilla, ordenaron exámenes de sangre, un electrocardiograma y un electroencefalograma. Cuando mi cuerpo empezó a responder, ya habían pasado alrededor de tres horas desde que sentí que mi pierna se dormía y, ahora, lo que había en mí era el dolor de cabeza más fuerte que había sentido. Nada lo controlaba y cuando intentaba sentarme para que este se fuera, la enfermera me regañaba y me hacía acostar.

Al lado de mi camilla había un señor de avanzada edad, el cual no paraba de toser y vomitar sangre. Para fortuna nuestra, una cortina evitaba que viéramos todo lo que le estaba sucediendo al señor. Después de un rato me quedé dormido. Cuando desperté, en lugar de mi mamá era mi papá el que estaba sentado al lado de mi camilla. Yo quería que estuviera mi mamá, así que me hice el dormido. En ese momento unas enfermeras hablaban en voz baja sobre la muerte del señor, pretendiendo que yo no me diera cuenta. La verdad no me dio miedo saber que alguien había muerto al lado mío, pensaba que eso todo el tiempo sucedía en los hospitales y que seguramente muchas personas habían fallecido justo en la camilla en la cual yo fingía estar dormido. Quizás eso que tanto repetían en mi familia había dejado huella en mí.

—Hay que tenerles miedo a los vivos y no a los muertos.

Nos levantamos muy temprano en la mañana, no demoraba en llegar la ambulancia que nos ayudaría a trasladar a la abuela a la clínica. El doctor había sido claro: si no hay mejora en la señora toca internarla para estar más pendientes de ella. Como no hubo mejora, nos tocó asumir su traslado.

Tuvimos que decirle que íbamos a ir a realizarle otros exámenes de rutina para nos ayudara a montarse tranquila a la camilla que la llevaría hasta la ambulancia. La abuela casi no podía moverse, pero en su voluntad siempre estuvo el ayudar a que las cosas salieran bien. Me sentí un poco mal por mentirle de nuevo: cuando fuimos por ella hasta el pueblo la convencimos con una mentira, demás que ella sospechó que esa nueva promesa era también mentira, y al saber que no podía hacer mucho para evitar el traslado, dejó que la subiéramos sin problema.

De camino al hospital, no hubo forma de que ella se asomara a la ventana para ver lo que sucedía afuera de la ambulancia. Tenía que estar acostada todo el tiempo, aunque, la verdad, ella no hizo el más mínimo esfuerzo por levantarse de la camilla.

La ambulancia no encendió en ningún momento su sirena y creo que mi mamá y yo lo agradecemos. Ambos hemos creído que no hay sonido más trágico que el de un vehículo de emergencias que se abre paso entre el tráfico y, aunque lo de mi abuela fuera delicado, no era motivo para alarmar a todo el que estuviera alrededor.

Llegar al hospital causó gran sorpresa. Esta clínica, ubicada en un sector bastante reconocido en la ciudad, no tenía nada que envidiarles a las mejores del país. Cuando entramos a la recepción fue inevitable para mí recordar aquella noche que pasé acostado en una camilla intentando luchar contra un dolor de cabeza, mientras escuchaba cómo se desgarraba en tosidos la vida de mi compañero de sala.

A la abuela la ubicaron en una habitación para ella sola. Tenía televisor, aunque este no encendía; la camilla era de esas que con presionar un botón se ubicaba de la manera precisa para hacer todo tipo de procedimientos: comer, tomarse medicamentos, sacar una muestra de sangre. Aunque las ventanas estaban casi todo el tiempo tapadas por una cortina, desde ellas se podía divisar gran parte de la ciudad. Lo peor de tener las ventanas tapadas era que la iluminación dependía de un montón de bombillos pequeños, uno de ellos estaba fallando y en su titilar hacía que el frío del cuarto se tornara algo lúgubre. Por momentos quería bromear con la abuela sobre robarle la cobija, pero ella no hacía más que mirar a la nada y eso era suficiente para permanecer en silencio.

Al principio fue algo incómodo verla a ella con aparatos en su cuerpo. Era complejo asumir que ya no podía velar por sí misma y que no solo sus recuerdos se habían perdido: su corazón también empezó a olvidar cómo era latir en su cuerpo. No era muy bueno interpretando sus miradas, pero no había duda alguna de lo incómoda que se sentía en esa situación.

No fueron muchos días los que ella pasó en el hospital, pero sí fueron sus últimos de vida. En un principio su cuidado estuvo a cargo de mi mamá y de mí. Nos turnábamos para pasar la noche con ella en el hospital; ambos teníamos la potestad y la aprobación, por parte de toda la familia, para tomar cualquier tipo de decisión que comprometiera lo que quedaba de su vida.

Una tarde, mientras la acompañaba en la habitación y ella dormía, pretendía leer un libro y por primera vez sentí incomodidad de estar en ese lugar. Pasaron varios minutos mientras intentaba descifrar lo que me causaba molestia: no era la presencia de la abuela o el peso de cuidarla y tener que ser yo el mensajero de una mala noticia; nada de eso. Al cabo de unos minutos lo entendí todo: eran las paredes exageradamente blancas lo que no me dejaba concentrar ni estar tranquilo. Para mí era inevitable pensar en ese tono blanco y lo que podía estar sucediendo en la cabeza de ella, ahí con sus ojos abiertos, esperando, quizás, que la muerte haga lo que ella no puede: recordar, recordar que ella ya no era vida y no tenía por qué estar allí.

La pintura, de un blanco impecable, parecía que brillaba: ¿era eso lo que había pasado en la mente de mi abuela? Alguien se coló en su cerebro y, sin dudarlo, había empezado a pintar de blanco las paredes donde reposaban sus recuerdos. Quizás la brocha era muy pequeña y ese fue el motivo por el que tardó tanto tiempo en eliminar hasta el último pedacito de color que permanecía allí. O no, a lo mejor todas las personas tenemos adentro de la cabeza un tablero de esos en los que dicta clases un profesor, donde al terminar cada sesión se borra todo hasta el inicio de una nueva clase; la única diferencia es que en mi abuela alguien borró el tablero y nunca más volvió a escribir en él. Lo dejó en blanco para siempre, como estas paredes en las que cada día una persona distinta, con agua y jabón, tiene la misión de hacer que permanezcan así de impecables.

Con el paso de los días, mis tías fueron llegando de una a la ciudad para visitar a la abuela. Algunas vivían lejos y el hecho de viajar entorpecía un poco la logística. El último en ir a visitarla fue el tío, el único hombre entre ellas; toda la vida fue un poco más tranquilo que sus hermanas en cuestiones que la involucraran.

Con cada día que pasaba, se iba reconfirmando que el destino de la abuela tenía un solo camino y todos íbamos detrás de ella en este. Habíamos pedido a los médicos que todo fuera lo más natural posible, nunca se contempló la idea de reanimarla o conectarla a más aparatos que sostuvieran su vida. Fue por eso que cuando su corazón se puso más débil, los médicos hicieron la sugerencia de que nos despidiéramos, así fuera evidente que ella ya ni se acordara de nosotros.

Una de mis tías tuvo la idea de despedirnos de una persona por día, por si en ella aún quedaba un poquito de memoria a lo mejor esto le ayudaría a tener una muerte más tranquila. Todos estuvimos de acuerdo, sin embargo, yo me pedí ser el último, asumiendo el riesgo de no alcanzar a despedirme de ella en privado, sabiendo que éramos seis personas. Sentía que era necesario. Además, como ningún otro nieto fue a visitarla, creía que podía exigir algo como eso. Mis tías y mi mamá cumplieron con mi petición y entre ellas decidieron que se despedirían desde la mayor hasta la menor, además, se pactó que dicha despedida sería en el turno de la noche.

Así fueron pasando los días y cada una de mis tías iba teniendo la oportunidad de despedirse de la abuela. Ninguna supo con certeza cómo fue el ritual de la otra y yo sí que menos; ni siquiera conocí el de mi mamá y tampoco se lo quise preguntar: era un momento muy íntimo y entendimos que se debía respetar.

El día en que llegó mi turno estaba bastante tranquilo, no hubo afares en mis deberes del día y solo cuando iba llegando al hospital, me empecé a poner un poco ansioso. Como el plan era pasar la noche con la abuela me preparé para eso: libro, mecato, libreta para tomar notas importantes y el celular con muy buena batería. No tenía un discurso preparado, a veces pensaba que hablar con ella no tendría mayor impacto y por eso me tranquilizaba con lo que pretendía decirle como despedida; además, no había certeza de que cuando yo terminara de conversar con

ella, inmediatamente se iba a morir.

Cuando llegué a su habitación, mi mamá ya se estaba terminando de despedir, me dio unas indicaciones cortas, un abrazo corriente y me dejó a solas con la abuela. No sabía a qué hora iba a empezar a hablarle, quería que fuera justo antes de que amaneciera, pero estaba seguro de que mi capacidad de trasnochar no era de admirar y creí que lo mejor sería hacerlo pasadas las doce de la medianoche.

A pesar de que mi abuela había perdido casi toda su memoria, ella todavía podía hacer algunos movimientos, esto se aprovechaba para ayudarle a comer un poco. Los médicos decían que era una especie de milagro, porque en su condición, lo normal es que ni siquiera pudiera moverse. Yo me indignaba un poco con esos comentarios: ¿de qué sirven los milagros a medias?

Quise tener varios momentos especiales con mi abuela, comí mientras le daban a ella su cena, luego alquilamos una película y justo antes de que ella se quedara dormida, leí un cuento en voz alta para que le ayudara a conciliar más rápido el sueño. Todo estaba saliendo muy bien y yo me alegraba demasiado porque mi último momento a solas con ella estuviera fluyendo como ese Río que hace unos años, de vez en cuando, nos espiaba desde lejos para ver qué pescado, salido de sus aguas, iba a ser el que nos alimentaría en el almuerzo.

La abuela vino a quedarse dormida a eso de las diez de la noche. Yo aproveché para organizar el desorden que había hecho buscando el libro que leí para ella y el que luego leería para mí. La enfermera de turno pasó a dar la última ronda, se despidió de nosotros, me dijo que cualquier cosa presionara el botón de emergencia. En ese momento empecé a leer para que el tiempo pasara un poco más rápido, necesitaba que fuera medianoche.

Las hojas pasaron, el tiempo voló y, cuando menos lo pensé, el reloj en mi mano derecha anunció con su sonido típico de Casio que ya eran las doce en punto. Sabía que no había ningún motivo por el cual esperar, por eso cogí el sofá en el que estaba sentado y me acerqué lo más que pude a la abuela para conversar con ella, a pesar de su ausencia.

Qué tal te va, abuelita. Qué tal esta cama. No se parece nada a la tuya: ni a la de tu casa ni la de la mía. Sé que tienes los ojos cerrados y que esta conversación no tiene retorno. Pero no importa, es mi noche contigo y quiero hacerla especial, aunque sé perfectamente que no causará nada en ti. Me pregunto si tus sueños todavía proyectan recuerdos, tal vez por eso prefieres estar dormida, porque soñando es la única forma en la que estás libre de esta enfermedad.

Abuelita, yo sé que no puedes decirme nada y tampoco te lo voy a pedir. Esta despedida es extraña. Pedí ser el último y ahora tengo miedo de que mueras aquí conmigo. Ambos sabemos que la muerte es lo mejor que puede pasarte ahora, aunque desde hace varios años tu vida ya no te pertenece.

Siempre pensamos que habría un tratamiento, pero no. Es posible reconstruir un hueso, aliviar un órgano, eliminar un cáncer, hasta trasplantar un corazón, pero ¿qué se hace con la memoria?: no se reconstruye, no se alivia, no se restaura. Es verdad, ella no tiene límites, pero cuando comienza a fallar no hay mucho que se pueda salvar.

Abuelita, qué bueno que recordaras cuando me diagnosticaron migrañas con aura; te costaba entender mis síntomas y no era posible explicarte que todo comenzaba con un leve destello en mi ojo derecho que, con el paso de los minutos, iba agrandándose hasta que no podía ver bien las cosas. Te decía que lo más aterrador era saber que tenía a alguien en frente y no poder identificarlo porque su rostro se había convertido en un montón de niebla. A veces pienso que tu enfermedad y la mía no estaban tan alejadas, y que cuando empezaste a olvidar los nombres de nosotros fue porque esa misma niebla que causaba estragos en mí se había trasladado a ti. Por fortuna a mí solo me duraba unas horas, por desgracia en ti se quedó pegada para siempre.

¿Si despertaras en este momento qué sería lo primero que harías?: ¿preguntarme por el lugar en dónde nos encontramos? No sé si sería capaz de mentirte y decirte que estamos cerca al Río o si mejor arruino tu momento de lucidez explicándote que estamos en un hospital esperando tu muerte. Qué dilema todo este asunto de tomar decisiones.

Gracias, abuelita, por cada pescado frito, por entender que no me

gustaba el jugo de guayaba, por darme siempre aguapanela y no tinto, por llamarme a escondidas de mis primos a darme dulces con la condición de no ir a «torear avispas», por intentar enseñarme cosas del Río que tanto admirabas, por cuidarme de las serpientes, por saber cuándo iba a llover.

Dicen que cuando un alma cruza al paraíso toda memoria terrenal es olvidada. ¿Hace cuánto que estás en el paraíso, abuelita?

Hola, enfermera. Presioné el botón porque ese aparato empezó a hacer un ruido nuevo. Gracias por venir.

XII

Antes de la muerte de mi abuelo, ir a funerales no era nada común en los planes de familia, sin embargo, siempre que alguien cercano a nosotros se moría, ahí estábamos todos intentando acompañar el duelo de sus seres queridos. De niño no sabía lo que era un duelo ni mucho menos la importancia de estar presente en la tragedia de alguien cercano.

A los velorios a los que alcancé a ir, éramos los primeros en llegar, incluso antes que el mismo muerto. Ya se había vuelto costumbre para mí que en medio de la reunión apareciera el carro fúnebre y, posteriormente, el ataúd se abriera paso entre nosotros para ser ubicado en todo el centro del lugar donde se realizaría el velorio.

A pesar del montón de flores o de la fotografía gigante que homenajeaba al difunto, para mí el principal atractivo de un funeral era ver el muerto. La curiosidad me invadía cada que abrían la tapita que estaba a la altura de la cabeza, pero fueron pocas las veces que me atreví a mirar a través de esa ventana. Recuerdo que una de esas ocasiones fue en el velorio de un primo de mi mamá, también primo mío, pero que no conocía. Fue tanta la curiosidad que me acerqué al ataúd sin que mi mamá se diera cuenta y por unos quince segundos me quedé mirando el rostro del difunto. Ahora no lo recuerdo, pero con seguridad tuve pesadillas. Por más maquillaje que hubieran puesto en su cara, no fue posible tapar los huecos que había dejado el ataque con arma de fuego que le habían hecho. En ese momento supe que lo mío no era ver muertos, más aún cuando afuera de la casa de la abuela empezaron a encontrar restos de cadáveres que sacaban del Río.

El funeral de mi abuela fue bastante privado. A pesar de ser una de las personas más reconocidas de su pueblo, como familia quisimos que todos la recordaran en vida y, en parte, por eso se realizó en la misma ciudad donde ella murió, su cuerpo no fue exhibido en un ataúd y la única imagen de ella durante la ceremonia fue un portarretrato gigante con una foto que la abuela se había tomado unos años atrás sentada bajo el guayacán de su casa, rodeada por flores amarillas. Muchos de los familiares viajaron para darle el último adiós y aunque su muerte se había convertido en el

anhelo de más de una persona, esta no dejó de dar tristeza por todo lo que había significado ella en la vida de cada uno de nosotros.

Para mí era claro que la abuela se había muerto desde hace mucho tiempo, incluso cuando aún respiraba; es más, cuando yo hablaba de su muerte, constantemente repetía la frase «ahora sí se fue a descansar de verdad».

A diferencia del abuelo, con ella se decidió que la cremación era el camino hacia la sepultura. En temas de logística era mucho más práctico y así se podría cumplir el deseo que ella había alcanzado a pedir justo antes de morir.

En el momento en que se supo la noticia de su muerte, casi todos los que estaban ahí, al lado de ella, pensaron en un funeral similar al del abuelo: en el que todas las personas que quisieron visitarlo tuvieron su espacio en el funeral, sin embargo, los tiempos habían cambiado y pensar en trasladar el cuerpo hasta allá para luego volver a traerlo a la cremación no era justo con el duelo que desde ahora se empezaría a vivir con su partida.

Aunque su muerte se haya dado justo al empezar la mañana, solo hasta el día siguiente nos entregaron sus restos. La demora en este caso fue que no quisimos que hubiera ataúd ni cuerpo para el funeral, sino que todo se resumiera en un cofre con cenizas, dos horas en una sala de velación y, finalmente, una misa para conmemorar su partida hacia el otro mundo. Todo lo anterior estaba incluido en el plan de exequias que se paga en vida.

Mientras organizaban a la abuela y mis tías se encargaban de las diligencias de la funeraria, yo me fui para mi casa a preparar la maleta para un viaje corto: lo más seguro es que fuera cuestión de hacerlo en la mañana y volver en la tarde noche, por eso solo me preocupé por buscar ropa fresca para un día y organizar el carro para que todo estuviera en regla. Pensé muchas veces si era correcto no llevar equipaje para pasar la noche, pero pensando que el motivo del viaje era tan sencillo, solo empaqué lo necesario para una tarde. La idea era arrancar justo después de la misa y desde un día antes yo ya tenía todo preparado.

En la tarde nos dimos cuenta de que no nos entregarían los restos de la abuela ese mismo día, recibimos la información como más

que una buena noticia, ya que las personas que venían viajando desde otras ciudades alcanzarían a llegar para la eucaristía que ya se había programado para las ocho y media de la mañana. Habíamos planeado que si las cenizas las entregaban a primera hora como lo prometieron, era muy probable que el funeral fuera exactamente de dos horas, antes de salir para el pueblo a depositar sus cenizas donde iban a estar por siempre.

La primera noche sin ella fue algo extraña, si bien la abuela ya no hablaba, ni se expresaba, ni se sentía en casa antes de partir para el hospital, en el ambiente se sentía una sensación bastante rara. Era como si el mundo también estuviera llevando su duelo. Esa noche no llovió, los vecinos hicieron fiestas como de costumbre y aunque muchos de ellos sabían que estábamos viviendo un luto, no se les notó ni el más mínimo respeto por conservar un silencio que procurara algo de paz para nosotros.

Esa madrugada no se pudo dormir mucho. Algunos familiares fueron llegando en el transcurso de la noche y, como no tenían otro lugar donde más llegar, mi casa se convirtió en un hotel de paso mientras se realizaba todo lo relacionado con la muerte de la abuela.

Muy a las seis de la mañana estábamos en la sala de velación que nos asignaron para el funeral de ella. Mientras conversábamos tomando aromática o tinto, llegaron los trabajadores de la funeraria con los restos de mi abuela, fue extraño para mí no ver entrar un ataúd gigante, como sí sucedió en otros funerales a los que fui de pequeño.

El cofre fue puesto en una mesita rodeada de velas encendidas y muy cerca de la fotografía tipo retrato de la abuela. El cofre no estaba marcado con nada. En ese momento dudé de la identidad de los restos que fueron puestos allí adentro y me arrepentí de apoyar la idea de la cremación antes del funeral. De haber hecho el velorio con el cuerpo completo de ella no estaría pasando por esta duda, pero, así como no puedo tener certeza del lugar en el que se encuentra ella en este momento, tampoco puedo desconfiar de que sus cenizas sean las que están allí en esa urna.

Durante el funeral nadie lloró. A eso de las siete de la mañana ya estaban todas las personas que habían confirmado asistencia. Todos tenían que ver con la abuela; amigos y familiares buscaban en su memoria las mejores anécdotas que tenían con ella y el velorio se convirtió en un ejercicio donde la palabra era la que estaba mediando el duelo. Siempre

había pensado que el único fenómeno que unía a las personas era la lluvia, pero mientras escuchaba esas historias supe que la muerte era quizás más unificadora que la misma agua. Incluso, llegué a presenciar abrazos de personas que no se veían hace décadas y que la única fuerza que los había juntado venía de la muerte de su ser querido.

Llegaron las ocho de la mañana y con ellas los preparativos para salir hacia la iglesia que serviría de intermediaria entre la misa de despedida de mi abuela y nosotros sus seres más cercanos. No podíamos llegar tarde, por eso, desde media hora antes estábamos distribuyendo a las personas en los vehículos que había puesto a disposición la funeraria. No faltó nadie por acomodar y ahora solo esperábamos que pasaran veinte minutos para salir hacia el parqueadero.

La señal de una muchacha vestida de azafata llegó y todos procedimos a dirigirnos hacia los carros que nos llevarían a la iglesia. El camino era corto: no más de veinte minutos. La iglesia estaba reservada para nosotros y, por ende, nos hicimos todos en las sillas de adelante. Las cenizas fueron puestas cerca del padre y el retrato de la abuela sobresalía entre tantas flores y velas que adornaban el altar de la iglesia.

La misa empezó, hace mucho tiempo que no presenciaba una y, a pesar de eso, todavía me sabía las oraciones de memoria. Mi abuela hubiera estado orgullosa de verme rezar a la par de las demás personas. Algo que no recordaba de este tipo de misas era que en un momento se habría el micrófono para brindar algunas palabras por parte de un familiar y, cuando ese momento llegó, agradecí no haber sido el voluntario para dar el discurso. Mi tío lo hizo, seguro uno de mis primos se lo ayudó a escribir, salió bonito y fue una muy buena forma de terminar la ceremonia. Ya era momento de volver a la casa, muchos preguntaban qué se iba a hacer con las cenizas de la abuela; nosotros solo decíamos que iban a estar en algún lugar del pueblo y que de eso me iba a encargar yo.

Al llegar a la casa tuve bastante afán en salir para el pueblo. Antes de hacerlo mi mamá me dio un desayuno cargado, apenas eran las diez de la mañana y ella sabía que no era muy juicioso con la comida y prefería que me fuera bien lleno, por si no sacaba el tiempo para comer.

Justo antes de salir de viaje, los familiares que aún estaban en la casa se despidieron de las cenizas de la abuela, le echaron la última bendición y

me desearon suerte con lo que se vendría para mí. Además, me ayudaron a poner de manera muy estratégica tanto el retrato como el cofre en la silla de adelante del carro, analizando cada uno de los movimientos posibles y así evitar que ante cualquier circunstancia el cofre se cayera y todas las cenizas se esparcieran antes de tiempo.

El viaje comenzó. En un principio se me hizo bastante raro ir con un muerto adentro del carro, incluso, cuando doblé a la primera esquina y me encontré con un semáforo en rojo, noté que el cofre y el retrato iban sin cinturón de seguridad y se los puse de inmediato. Me sentí un poco tonto al pensar en las posibilidades de que la abuela se muriera después de estar muerta, así fuera por causa de un accidente de tránsito, pero luego recordé que el cofre podría terminar a mis pies con todo regado y no se lo quité.

80

Cuando salimos a la vía nacional pensé en un montón de posibilidades y, de la nada, se me ocurrió que no tenía ni la menor idea de qué decirle a la policía en caso de ser detenido en un retén y que se les ocurriera fijarse en lo que llevaba dentro del carro, en el lado del copiloto. ¿Acaso era más sencillo llevar los restos de la abuela en la maleta del carro? ¿ella merecía ese trato? No lo sé, pero llevar un muerto en la cajuela no era para nada corriente y más si se trataba de ella; por eso se tenía que ir adelante conmigo.

Los kilómetros pasaban, había superado dos controles de policía sin ninguna novedad y cuando iba llegando al segundo pueblo me di cuenta de que no tenía un plan para lo que iba a hacer cuando llegara y, aunque por mi profesión, la improvisación era la mejor de mis armas, en este caso estaba seguro de que no funcionaría.

Cuando pasé el segundo peaje del viaje, caí en la cuenta de que, a pesar de ir solo en este recorrido, todo el tiempo había sido cómplice de un silencio que incomodaba el interior del carro. Éramos solamente mi abuela y yo y, aunque ella estaba muerta, no podía negar que ambos éramos la compañía del otro y que debíamos comportarnos como tal. Al cabo de dos horas de ir conduciendo no aguanté más el silencio y decidí romperlo, aun sabiendo que esto no sería más que un monólogo.

Ya casi vamos a llegar, abuelita.

XIII

—Auxilio, ayúdenme por favor.

Cuando escuché los gritos, sin pensarlo, salí corriendo hacia las escaleras para subir al tercer piso. De allí venían las súplicas y estas aparecieron justo después de haberse sentido un golpe seco, como de un objeto muy pesado que se cae al suelo. La sorpresa fue llegar a la casa de las vecinas de arriba y, al entrar, ver que una de ellas estaba tirada en el suelo completamente quieta y pálida. Por más que se le gritara y pegaran cachetadas en la mejilla, ella no reaccionaba. Otro de los vecinos llegó en ese momento y decidimos bajarla cargada para buscar un carro que la llevara al hospital más cercano. Si bien era bastante delgada y de avanzada edad, levantarla del piso fue muy difícil, sin contar que había que bajar tres pisos con el cuidado suficiente de no caernos con ella y hacer más grave la situación.

Cuando llegamos al primer piso, su hermana logró parar un taxi que, al ver la urgencia y la situación en la que estábamos, se bajó a ayudarnos a abrir la puerta y a acomodar a la señora adentro. Como pudimos la subimos a la parte de atrás del carro y, justo antes de soltarla para cerrar la puerta, noté cómo su pecho se inflaba, como cuando se toma una gran bocanada de aire y, antes de alegrarme por su reacción, cerré la puerta esperando que ese mismo aire haya vuelto a salir de sus pulmones como en señal de vida.

Yo me sentía un héroe, había salvado una vida y mi mamá me felicitaba. Ahora solo quedaba organizarme para ir al colegio y esperar en la noche a volver a la casa para saber cómo seguía la vecina; pero pasadas cinco horas y cuando me iba aproximando a la casa, las cosas no pintaban bien. En el balcón de arriba se veía mucha gente y, en el tiempo que me demoré en llegar a la puerta, otras tres personas más, desconocidas para mí, subieron. Sabía que las cosas no estaban bien y, al entrar a mi casa, recibí las malas noticias: la vecina había muerto. Recibí el mensaje como un baldado de agua fría, ya no me sentía un héroe, ahora un montón de preguntas me invadían: ¿y si hubiera subido más ligero?, ¿y si el taxi no

condujo lo suficientemente rápido?, ¿qué significó ese último suspiro que vi en ella?

Fue la experiencia más cercana que había tenido relacionada con la muerte de una persona y, siendo testigo de los últimos minutos de mi abuela, era inevitable no pensar en aquella mañana en que la muerte se paseó en el mismo edificio donde vivo justo antes de organizarme para ir a estudiar.

Cuando la enfermera llegó a la habitación verificó los aparatos que traducían lo que estaba pasando en su interior y, cuando me miró, yo ya sabía lo que estaba pasando.

—Es mejor que llame a la familia para que vengan a despedirse definitivamente, la señora no aguantará mucho tiempo —dijo la enfermera con una voz muy dulce.

No quería que otra persona se muriera en mis brazos y menos si se trataba de un ser tan querido como mi abuela, fue por eso que llamé a mi mamá para que avisara a los demás y así estuvieran en el hospital lo más pronto posible: la abuela se iba a morir y no había tiempo que perder. Al cabo de una hora, a las siete de la mañana, ya todos nos encontrábamos en la habitación de ella rodeándola y esperando a que llegara su muerte. Las lágrimas corrían por las mejillas de todos, mientras esperaban el momento en que la abuela diera su último respiro y, justo cuando pensamos que iba a suceder, la abuela me miró fijamente a los ojos y fue ese gesto el encargado de hacerme entender que ella quería pedirme algo.

En un principio no supe qué hacer, hace mucho tiempo que ella no modulaba ni una sola palabra y, desde que empezamos a despedirnos uno por uno de ella, no movía más que los ojos. Entregarle un papel y un lapicero no era una gran idea, así que lo que hice fue acercar una silla, ponerla al lado de ella, tomar una de sus manos y mirarla fijamente para intentar entender qué era lo que iba a pedirme. Sabíamos que si ella hablaba era producto de un milagro y todos estábamos preparados para presenciarlo.

—El Río, quiero estar en el Río. Métanme al Río, quiero vivir en Él. Por favor, hijo, usted, lléveme allá —por fin dijo la abuela, con la voz muy débil, y casi que haciendo el último esfuerzo por pertenecer a este mundo.

Ella no quería irse de este plano sin antes estar segura de que cumpliríamos su petición. Fue lo único que alcanzó a decir antes de que sus ojos se desvanecieran buscando el sueño eterno.

—No te preocupes abuelita, te prometo que en el Río vas a estar y nunca más vas a alejarte de Él.

El hecho de hablar definitivamente había sido un milagro, ¿por qué tuvimos que esperar hasta su muerte para volver a disfrutar de su lucidez? La vida era bastante injusta con nosotros; sin embargo, la abuela había hecho una última petición y como fuera había que cumplirla.

Fui el que más se sintió responsable de cumplir con lo que recién había pedido la abuela, fue por eso que mientras mi mamá y mis tías se encargaban de dar la noticia de su muerte y hacer todas las diligencias de la funeraria, yo me responsabilicé de la tarea de llevarla y dejarla en el Río. Todos estuvieron de acuerdo en que fuera yo y, por eso, a partir de ese momento empezaron mis preparativos para el viaje que haría al día siguiente con los restos de mi abuela.

Hubiera preferido más claridad al momento de recibir su mensaje; algo así como lugar en específico, hora y hasta día en que ella quería meterse al Río, pero no podía esperar más de su alma que ya estaba, quizás, atravesando el túnel del que tanto nos hablan cuando se mencionan experiencias de muerte.

XIV

Tengo miedo de soltarte aquí a la orilla, abuelita. ¿Qué tal que alguien encuentre tus cenizas y decida sacarte del Río? ¿Para dónde se iría tu promesa? ¿Con qué cara te voy a buscar cuando también deje este mundo?

No puedo abandonarte aquí tan cerca de la orilla, debe ser un poco más adentro, pero ¿cómo lo hago? Tuve la oportunidad ahorita cuando subíamos y bajábamos en la canoa de aquel señor y no lo hice por miedo a que no fuera el momento indicado.

Espera, abuelita, me voy a quitar los zapatos para meterme al agua y sentirla antes que tú.

84

Tocar este Río con los pies es algo raro y nuevo para mí, no estoy en una piscina y, por ende, no sé lo que hay debajo de Él. Pienso que el agua es algo turbia, pero no me quejo: los ríos que son anchos no deben tener el agua clara porque perderían parte de su encanto.

Con mucha desconfianza apoyo los pies en lo que sería la orilla y sentir cómo se hunden es una tortura; mi abuela me dijo que a las rayas les gustaba descansar en el barro y pisar una era provocar una picadura que dolería muchísimo.

No hay piedras en la orilla, es raro que las plantas de mis pies no se lastimen buscando estabilidad dentro del agua. Todavía no quiero intentar adentrarme más porque sé muy bien que cuando menos lo piense el agua va a estar por encima de mi cuello y no quiero perder el cofre y el retrato solo por intentar mantenerme a flote.

Mientras el agua solo llega a mis pantorrillas, recuerdo todas las veces que le pedí a mi abuela que me dejara meter al Río o que aceptara las invitaciones que los vecinos nos hacían para ir a hacer un sancocho a alguna de las playas que aparecían de vez en cuando por culpa del verano. Eso nunca pasó, y estar aquí con los pies tocando estas aguas me hace sentir desobediente, pero ¿entonces qué pretendía la abuela cuando me pidió que la trajera el Río?, ¿qué la dejara meter sola?

Antes de zambullirme por completo en el agua caigo en la cuenta de que todavía tengo la ropa puesta, que lo único que me quité fueron los zapatos y las medias; sin embargo, no tengo la menor intención de desnudarme: meto mi mano en el bolsillo, saco la billetera y otras cosas importantes como llaves y dinero, las tiro a un lado y me vuelvo a concentrar en el Río y lo que vine a hacer.

Lanzarme de frente no es una gran idea; a pesar de ser un buen nadador, siempre me advirtieron que estas aguas no eran fáciles de enfrentar: no debo apresurarme y entrar sin cuidado.

Después de unos minutos percibo que la tarde está cayendo y, definitivamente, no puedo esperar más.

Tomo el retrato de mi abuela con la mano izquierda y acomodo el cofre debajo de mi mano derecha, como quien lleva un pan debajo del brazo. En vez de ingresar de frente al Río, lo que es hago es lanzarme de espaldas; pienso que así es más fácil flotar y quedar a merced de la corriente. El impulso es suficiente para alejarme de la orilla y, aunque la corriente tiene fuerza, logro mantenerme a flote con ambas cosas en las manos. Me siento parte del Río así mirando hacia el cielo; creo que en este momento Él también va boca arriba, no puede perderse de este atardecer: a veces dejar de mirar hacia adentro es lo correcto para no sentir el peso de la vida. Mi ropa se empapa rápidamente y a pesar del bochorno que sé que está haciendo, comienzo a sentir un poco de frío. Mientras la corriente avanza con nosotros, pienso si alguien nos estará viendo desde alguna de las orillas o si nos confundirán con un tronco de esos que constantemente bajan por la corriente.

No estoy nada cómodo dando la espalda al Río que mi abuela tantas veces miró de frente; quizás sea una falta de respeto, pero es la única forma de hacer bien las cosas.

De vez en cuando el agua me golpea en el rostro y no tengo como quitarme el exceso de goteras de mis ojos: mis manos están ocupadas. Creo que ya estoy lo suficientemente lejos de la orilla. Empiezo a desesperarme porque no puedo conservar el equilibrio, después de casi dos días en este pueblo es la primera vez que siento que mi abuela me estorba y, antes de sentirme mal por ello, decido soltar el retrato para apoyar el cofre en mi pecho e intentar abrirlo. Cuando el retrato se aleja de mí recupero el

equilibrio.

Con la urna abierta, solo me queda sacar las cenizas.

Sin perder tiempo ni buscar más excusas, abro la pequeña bolsa que separa a mi abuela de su deseo y al sacudirla sobre el agua dejo que el Río haga lo suyo. Las cenizas salen para un lado y el cofre para el otro. Ya no tengo a mi abuela, ni su foto, ni la urna: se fue para siempre.

Hace un rato pensaba que el peso de sus restos no servía para nada y ahora no puedo creer que sin ella no soy capaz de estar pleno en el agua. Su peso me hace falta. Me es difícil permanecer flotando, la bolsa que recién abrí sigue enredada en mi mano y cuando logro desenredarla es que entiendo todo: ahora estoy completamente solo.

Cuéntame, abuelita, qué se siente ser Río. ¿Sientes frío como yo en este momento? Tus ropas no están mojadas como las mías. Hace dos días estabas rodeada de fuego intentando reducirte para entrar en un cofre y ahora, gracias a esas llamas, te pudiste mezclar con el agua. ¿Por eso nunca te metiste al Río? ¿Tenías miedo de ahogarte y que retiraran tu cuerpo de Él? Ahora nadie puede sacarte de aquí. Algo tenías que enseñarme después de muerta y creo que apenas pude entenderlo todo. ¿Por qué me costaba encontrar un lugar para dejarte ir?

Soltar es difícil, abuelita; pero la vida, el Río y el tiempo tienen algo en común: jamás se detienen, traen nostalgia, van cargados de recuerdos y experiencias y, por más que se intente estancar alguno de ellos, siempre encuentran la manera seguir adelante, a su ritmo: el Río quizás convertido en avalancha, la vida acelerando su encuentro con la muerte y el tiempo demostrando que, a pesar de no ser tangible, le pertenecemos más a él que a nosotros mismos.

Ya te solté, abuelita. Ahora eres Río, eres agua, eres movimiento, eres remolino, eres corriente, eres cauce; dibujas meandros y te mueves en ellos. No vienes y vas: ahora solo tienes una dirección. Nunca te habías metido al Río y ahora te has convertido en Él.

A pesar de todo, tú nunca te quedaste quieta, como Él. Tú siempre intentabas mirar hacia el cielo, como Él. Tú siempre tenías algo que enseñarnos, como Él. Abuelita, no entiendo por qué te estancaste, te reboaste y nunca volviste a tu estado natural, así como Él.

Huele a pescado frito, está haciendo mucho sol. Mi abuela grita que ya van a salir los plátanos y no hay quién haga los patacones. Yo me ofrezco, me gusta que queden bastante finos y tostados. Mi abuela va sacando los tronquitos y yo los voy aplastando y devolviendo al aceite hirviendo. Cuando faltan dos por aplastar, mi abuelo, que está sentado en su mecedora, me dice que los de él no los deje tan delgados, que la gracia de un patacón es que sea lo suficientemente grueso por si a uno se le queda una espina en la garganta poderla partir. Solo estamos nosotros tres en la casa y el calor es infernal.

Mi abuela termina de fritar los patacones, pero recuerda que no ha hecho el jugo y me pide el favor de ir a afuera a traer unos mangos bien maduros. Cuando salgo, la cantidad de mangos en el suelo es impresionante, pero con cinco es suficiente para nosotros tres. Al entrar en la casa, el abuelo ya está sorbiendo su consomé y ella lo regaña por no esperarnos a nosotros para compartir la mesa. Mientras la abuela pela los mangos para meterlos en rebanadas a la licuadora, hay algo que comienza a inquietarme.

—Abuela, ¿por qué las canecas están botando agua si no hay lluvia en este momento que las rebose?

El calor es insoportable y mi abuela no responde a mi pregunta, pero como tengo hambre no vuelvo a decir nada y me siento a hacerle compañía al abuelo mientras ella termina de hacer el jugo. La licuadora hace un ruido muy fuerte. Él no dice mucho, se limita a hablar de su canoa, que más tarde debe ir a recoger un pescado en ella. Me pide que lo acompañe y yo, sin pensarlo, le digo que sí. Qué alegría estar con mis abuelos compartiendo un pescado frito en su casa.

La abuela sirve los platos y se sienta con nosotros, las canecas botan mucha más agua y de repente una de las paredes se destiñe, como si alguien hubiera lanzado un líquido corrosivo. La situación incomoda, pero al notar que mis abuelos no hacen nada por resolver lo que está pasando, vuelvo a concentrarme en el plato. El bocachico es tan largo que tuvo que ser cortado por la mitad para que cupiera en el plato.

Antes de probar el pescado me levanto para ir a ver las canecas, no entiendo por qué se rebosan si no les está cayendo agua. Justo cuando

voy a caminar noto que no tengo zapatos y de ambos pies sale un poco de pantano que se mezcla con el agua del piso que, al ser tanta, no encuentra para dónde irse.

Algo está mal y no sé qué es. Las paredes ya no tienen el mismo color de hace un rato, la puerta por la que hace un momento salí a buscar los mangos se encuentra cerrada y desde aquí se nota que le falta un pedazo, el ventilador está encendido, pero no hay viento que salga de él y ahora que detallo el rostro de mi abuelo, este se ve mucho más joven que mi abuela.

Pruebo el consomé de pescado y, por primera vez en mi vida, siento que una comida de mi abuela no está buena, sabe a barro, pero me da pena decirle y finjo que todo está bien. Como excusa para no seguir comiendo, me pongo de pie y camino hacia una de las canecas, pero justo antes de llegar, una serpiente enorme sale de ella y me obliga a devolverse rápido para el comedor. Les digo a mis abuelos que hay una culebra, pero ninguno de los dos me presta atención.

Mis sospechas terminan de confirmarse cuando me siento en el comedor y del pescado del que hace un momento salía humo de lo caliente que estaba solo quedan unos pocos huesos.

¿Estaré soñando? Ahora que recuerdo, mi abuelo murió cuando yo era un niño.

Intento despertar apretando los párpados, pellizcándome una pierna y mirándome las manos, pero nada funciona. Tampoco recuerdo cómo fue que terminé en esta casa, descalzo y con hambre. ¿Dónde está mi mamá?, ¿por qué no están mis tías?

El agua sale y sale de las canecas. Una campana suena a lo lejos y mi abuela dice que es el animero. Que debemos encerrarnos en una habitación para no ver las almas que van detrás de él, porque uno puede enloquecerse. Con tal de saber qué está pasando me encierro con ella en su habitación. Cuando termina de pasar el animero, salimos de allí y el abuelo no está por ningún lado.

—Eso es que se fue detrás con las ánimas, igual él ya es una —dice mi abuela con tranquilidad.

¿Qué hace el animero pasando a plena luz del día? Si esto no es un sueño, estoy por creer que me he enloquecido.

La serpiente ya no está, el abuelo tampoco. Detallo a mi abuela y noto que se ve muy joven para la edad que yo tengo ahora. Intento saber la hora, pero mi reloj al parecer se dañó; está marcando las seis y media, pero el sol es el del mediodía.

—¿Mijo, usted cómo es que se llama?

Ahora que recuerdo, mi abuela empezó a perder la memoria hace algún tiempo y ningún tratamiento le estaba sirviendo, pero ¿por qué estaba sola en su casa?

Siento frío, de la nada mi ropa se humedece y de las mangas de la camisa caen algunas goteras al piso. Hace frío, es raro para el clima de aquí y el sol que está haciendo. Me siento frustrado, andar descalzo nunca fue agradable para mí y si le sumo el estar con la ropa mojada la sensación es horrible. Dirijo mi mirada hacia el suelo y ahora este está lleno de hojas secas, temo que la serpiente esté escondida allí y me quedo estático para no pisarla y provocar un accidente.

—Dígame pues, ¿cuál es su nombre?, ¿de quién es hijo?, ¿qué está haciendo aquí?

Debo salir de la casa a buscar ayuda, mi abuela no tiene memoria y yo estoy demasiado desorientado para ayudarla. ¿Será que nos drogaron para robarnos y por eso estoy descalzo? Revisando mis bolsillos no tengo nada, ni billetera ni llaves, ni dinero.

Dejo de pensar en la serpiente y me dirijo hacia la puerta principal de la casa y cuando la abro me doy cuenta de que el Río ha llegado hasta la mitad de la calle. No es posible salir caminando, hay que hacerlo por el agua y no lo dudo ni un momento. Le grito a la abuela que me espere adentro y cuando entro en Él ya este me llega al pecho.

Por más que braceo no logro avanzar nada, es la primera vez que me sumerjo aquí y no sé cómo enfrentarme a este desafío. ¿Por qué mi abuela me dejó meter si siempre me lo prohibió?

Mis pies dejan de moverse, están como clavados en el pantano y el agua cada vez sube más. Tengo miedo de que mi abuela se ahogue, no pude pedir ayuda para los dos y será mi culpa que ambos muramos aquí.

Cuando el agua llega a mi mentón sé que todo está perdido; calculo la velocidad con la que está subiendo y, antes de que me tape por completo, tomo una gran cantidad de aire y no hago nada más que esperar.

Te he fallado abuelita, te vas a ahogar en tu propia casa.

El aire está a punto de acabarse, nunca quise morir ahogado y aquí estoy paralizado sin poder hacer nada por mí, voy a morir en el Río que me vio crecer, solo Dios sabe por cuánto tiempo voy a flotar antes de que me encuentren morado, hinchado y oliendo maluco. ¿Seré digno de alimentar a los gallinazos o serán los peces los que me coman antes de salir a la superficie?

Una voz me habla a lo lejos, pero no es mi abuela, es la voz de un hombre. Mi abuelo se fue detrás del animero hace un rato, no puede ser él. Intento concentrarme, esa voz no me deja, retumba en mis oídos. No, definitivamente esta voz es nueva. Cada vez se hace más fuerte.

—Oiga, señor. ¡Despierte! ¡Reaccione!

Parece que el aire que he tomado es infinito, todavía no siento que se me acabe y por eso intento dar un par de patadas para ver si salgo del agua, pero no es posible. La única persona que puede salvarme ahora es mi abuela y se quedó en la casa esperando que yo llevara ayuda. El Río ya tuvo que haber tapado la casa.

—Debe ser un borracho que se metió al Río, vea, hasta los zapatos se le perdieron.

Ahora sí comienza a faltarme el aire, solo es cuestión de segundos para que mis pulmones se llenen de agua y todo termine para mí. ¿Ya se habrá ahogado mi abuela o me sigue esperando?

Ya no voy a luchar más, me entregaré a la muerte, no tengo nada más que hacer. ¿Por qué mi abuelo no me invitó a ir con él y el animero?

Vuelve esa voz, pero ahora mucho más fuerte. Está retumbando en mis oídos, quiero callarla, pero no sé cómo. Algo muerde mi camisa en la parte del pecho, ¿será un bagre o un caimán o una iguana? Sea lo que sea me dejaré llevar.

—En qué estaba pensando cuando se metió al Río con ropa. ¿Usted sí sabe nadar? Vea, ya está reaccionando. ¿De dónde es?, ¿cómo se llama? Vea, casi se ahoga: ¿cómo se le ocurre meterse al Río a esta hora? Páreme bolas o es que está borracho. Agradézcenos que le salvamos la vida, pero bueno, diga pues, a ver, ¿cuál es su nombre o su apellido? ¿De qué familia

es?

Ahora puedo respirar a pesar de estar bajo el agua, ¿será que así es la muerte? Se desbloquean habilidades que nunca podríamos tener; lo que no puedo hacer es nadar para salir de aquí, igual qué necesidad de hacerlo si ya puedo tomar aire aquí abajo.

Una voz me pregunta una y otra vez por mi nombre, no deja de hacerlo, retumba en mis oídos. Quiero nadar para buscar a mi abuela, de pronto ella también puede respirar debajo del agua como yo, quizás todavía no se le olvidó nadar. Si ella fuera la que estuviera hablándome en este momento seguro ya le hubiera respondido, pero no: es un hombre y estoy seguro de que no es mi abuelo.

¿Cuál es el afán de saber mi nombre?, como si eso alguna vez hubiera tenido importancia en este pueblo: nombrar, ¿para qué hacerlo? Los nombres aquí nunca tuvieron peso alguno. Nombrar siempre fue una ilusión para quienes fueron condenados a desaparecer en estas aguas. ¿Qué valor tiene un nombre cuando se han perdido tantas vidas sin uno? Los nombres se disuelven en el olvido y aquí se los llevó la violencia con la complicidad del agua.

Entonces, ¿quién tiene tiempo para preguntarse por el nombre del otro? En este pueblo los nombres son sombras que van y vienen sin dejar huella, y aquí, durante mucho tiempo, no importó quién eras, sino cómo lograbas sobrevivir. Ojalá se pudiera escribir sobre el agua el nombre de cada una de las personas que fueron forzadas a desaparecer en este Río, pero no: el agua no se puede tatuar y, aunque se intentara, la tinta se desvanecería antes de poder ser leída, como el cuerpo que se hunde antes de ser visto por alguien a lo lejos.

Puedo abrir mis ojos. Es de noche. No estoy en el agua. Escucho un zumbido, pero no es un zancudo, es un motor. Alguien sostiene mi cabeza e insiste en preguntarme quién soy.

—Está vivo, acelere esa joda. Vamos a llevarlo al hospital.

El zumbido ahora se hace más fuerte y una tos se apodera de mí. Siento el agua saliendo por boca y nariz, como las canecas que hace poco vi rebotarse en la casa de mi abuela.

Así que esta es la voz del hombre que me preguntaba constantemente por mi identidad. Todavía no poseo la suficiente fuerza para hablarle; sin

embargo, tengo la respuesta precisa para cuando pueda hacerlo. Él acerca su oído a mi boca y debo intentar decirle algo. Ahora lo recuerdo todo: sé qué hago en esta canoa, en este pueblo, con la ropa mojada y mis pies sin zapatos. Ahora no hay confusiones, esta es la realidad, me están llevando a una de las orillas, espero que sea la mía.

Aprovechando que el canoero está cerca de mí, intento decirle algo confiando en que no me haga repetírselo. Pronto estaré en tierra firme y podré volver a casa, buscar ropa seca y seguir mi vida con total normalidad.

Mirando a los ojos del señor, él entiende que quiero decirle algo y se acerca más. Con la voz muy débil y procurando su entendimiento hago el esfuerzo suficiente para vocalizar el mensaje que quiero darle.

—¿Quiere saber mi nombre? Mi nombre es... ¿y es que desde cuándo han importado los nombres en este lugar?

—Patrón, se me olvidó decirle que, cuando estábamos sacando a este señor del Río, algo golpeó la canoa, como pude lo saqué y, mire, parece ser un cofre de madera, pero está vacío.

Un hombre regresa al pueblo de su infancia para despedirse de su abuela y reconciliarse con los recuerdos que habitan la vieja casa familiar. En ese viaje, el río que marcó la vida de su familia revela historias de amor, pérdida, memoria y conflicto, convirtiéndose en un espejo donde confluyen los duelos íntimos y las heridas colectivas. Donde el agua descansa es una novela sensible y evocadora con una conmovedora reflexión sobre la búsqueda de un lugar digno para la memoria.

Museo Casa de la Memoria

Entrada libre. Calle 51 #36-66,
parque Bicentenario, Medellín, Colombia.

Horarios: martes a viernes: de 9:00 a. m. a 6:00 p. m.
Sábados, domingos y festivos: de 10:00 a. m. a 4:00 p. m.

www.museocasadelamemoria.gov.co



MUSEO
Casa de la Memoria



Alcaldía de Medellín
Distrito de
Ciencia, Tecnología e Innovación